

## Marginalidad en América Latina. Una crítica de la teoría.

Veronika Bennholdt-Thomsen

El término "marginalidad" se ha incorporado definitivamente al vocabulario latinoamericano. La palabra aparece en los periódicos, en los discursos de los políticos y en los textos de las ciencias sociales, pero se usa con la misma frecuencia en el lenguaje diario. Se trata de la situación de la población de los barrios pobres urbanos como asimismo de la situación de los campesinos minifundistas y de los jornaleros sin tierra. La palabra alude a las condiciones de vida que estructuralmente traen consigo el hambre, la enfermedad, una mala situación habitacional, escasa educación e información al igual que la desocupación y la subocupación; en resumidas cuentas: la situación de pobreza en que se encuentra la mayoría de la población latinoamericana.<sup>1</sup> Tan amplio como el conjunto de los problemas, es la multiplicidad de temas en los estudios que bajo este concepto se hacen. El término comienza a aparecer como concepto en las ciencias sociales en los años 50, en los años 60 cristalizó algo como una "teoría de la marginalidad", y desde entonces, el número de trabajos bajo este concepto ha alcanzado un volumen extraordinario (compárese las bibliografías comentadas de Grundmann 1975 y Murga Fransinetti 1978).

En este artículo pretendo dar un resumen crítico de los principales aportes a la teoría de la marginalidad, ante todo, planteando la pregunta sobre el valor explicativo de lo que se ha dicho referente al amplio proceso de la depuración para la comprensión de la actual estructura social.

"Marginalidad" significa estar al margen o al borde, y con respecto a un campo social, a primera vista se tiende a entender un problema marginal bajo este concepto, es decir, una categoría residual más allá del caso normal; por ende, la elección de la palabra es absurda para caracterizar

<sup>1</sup> Los cálculos sobre el tanto de la población que vive en la miseria, difieren según los diversos métodos usados para determinar lo que es la pobreza. La tabla 1, que presento como anexo, es una recopilación hecha por Altimir (1978) de diversos criterios comúnmente usados. La segunda tabla se basa en un sistema de indicadores bastante complejo de Altimir mismo, mediante el cual trata de evitar las inexactitudes de los valores medios causados por los precios y la cotización del cambio.

la situación de la mayoría de la población. Ya la palabra refleja la ideología de sus creadores: se discutió durante mucho tiempo si los individuos o grupos marginalizados pertenecían realmente a la sociedad o si se encontraban más bien fuera del sistema social y habría que integrarlos a él (DESAL 1965, 1966, 1967, 1969; Cabezas de González *et al.*, 1968; Vekemans 1970; Dams 1970; González Casanova 1963, 1965). Pese a la crítica formulada en todas partes y al "intento de marginalización del concepto de marginalidad" (Campanario y Richter 1974), el término se ha impuesto finalmente. Es así como uno de los críticos comienza su trabajo: "Es ya, probablemente, ocioso discutir si 'marginalidad' es un término adecuado... La voz ha hecho fortuna...", y en seguida pasa a formular una "redefinición" (Quijano 1970). De igual modo procede Janice Perlman, quien titula su libro sobre las favelas en Río de Janeiro *El mito de la marginalidad* (1977). Ella refuta empíricamente el concepto de la marginalidad usado en las teorías de modernización y las declaraciones de la prensa e instituciones de gobierno, pero concluye su investigación, redefiniendo la "marginalidad como reflejo del desarrollo dependiente".

De hecho, el conjunto de problemas que se califica como "marginalidad" se refiere a un fenómeno histórico específico para cuyo análisis no se habían desarrollado categorías hasta el momento (Quijano 1977: 10-13). A pesar de la elección equívoca del término, se ha dado una discusión teórica fructífera con el mismo y se ha llegado finalmente a una puntualización mediante la cual se ha logrado obtener un concepto analítico.

## 1 La evolución del concepto de la marginalidad

En los comienzos, el concepto de la marginalidad está comprometido con la teoría desarrollista. La tesis central de su estrategia "del desarrollo hacia adentro" enunciaba que la industrialización en los países latinoamericanos traería consigo una alta tasa de crecimiento con la que se lograría superar el subdesarrollo. Se esperaba, según esto, un mejoramiento general del nivel de vida y una aproximación a los niveles de los países altamente industrializados. La "marginalidad" se entiende entonces como "integración aún no alcanzada" de ciertos grupos poblacionales en este proceso de crecimiento o participación deficiente en sus logros y conquistas.

La caracterización inicial de estos grupos como "marginales" es meramente descriptiva. Desde fines de los años 40, junto a todas las ciudades más grandes de América Latina, nacen villas miseria que se denominan sugestivamente "barrios marginales". Muy pronto, este calificativo también se usa para los habitantes de los barrios pobres a orillas o dentro de las ciudades, se habla de "población marginal". Finalmente también se califica la situación de miseria de la población rural pobre como margi-

nalidad, con base en su posición al margen de la "modernidad urbana" (CEPAL 1963: 10).

El concepto, a primera vista parecido al del *marginal man* de la sociología norteamericana, que tematiza la situación individual de conflicto de miembros de una minoría etnocultural (véase el resumen de esta teoría en Gist y Dworkin 1972), casi no se toca en la discusión latinoamericana. Aunque se use al investigar la posición de los mestizos en América Latina (Quijano 1965; Chaplin 1967) se trata aquí de un problema diferente: como la caracterización "marginalidad social" ya deja entrever, el interés de la sociología latinoamericana se centra en la explicación de un amplio fenómeno social, mientras que el centro de interés en los Estados Unidos es el personaje marginal. Es por ello que los trabajos latinoamericanos realmente rara vez se refieren a autores norteamericanos.

González Casanova define la marginalidad de la siguiente manera: "El marginalismo, o la forma de estar al margen del desarrollo del país, el no participar en el desarrollo económico, social y cultural, el pertenecer al sector de los que no tienen nada, es particularmente característico de las sociedades subdesarrolladas" (1965:89). Los autores del Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina, de DESAL, (organización que apoyaba la política de los demócratas cristianos en Chile, entre otros, con medios de la Iglesia católica) definen la "marginalidad" de un modo muy similar: "... el término designa a los grupos sociales que, no obstante ser miembros de la sociedad de un país, no llegan a penetrar en la intimidad de sus estructuras. Campesinos e indígenas... han quedado al margen del proceso de modernización, proceso éste desordenado, pero, sin embargo, efectivo también en el mundo latinoamericano" (1969:49). Aquí predomina totalmente el concepto dualista del sector tradicional y el sector moderno, según el cual, el sector tradicional, marginal aún, no se ha integrado al sector moderno, vale decir, a la sociedad propiamente tal, pero gracias a las altas tasas de crecimiento ● hará en un futuro próximo.

Esta ideología casi eufórica del desarrollismo, o bien del modernismo, se destruye por los hechos mismos. Las tasas de crecimiento esperadas no se producen, pese a una industrialización en rápido avance, la distribución del ingreso se polariza aún más y la distancia a los países altamente industrializados aumenta en vez de disminuir.<sup>2</sup>

El desarrollo posterior de la teoría refleja esta realidad en cuanto a que la marginalidad se entiende cada vez menos como un estado aún no alcanzado, y cada vez más, como un resultado del desarrollo. La marginalidad ya no se entiende como un estado, sino como un proceso, y este proceso de marginalización de amplias capas de la población se atribuye a las leyes de la acumulación capitalista, a la "producción progresiva de

<sup>2</sup> En América Latina, el crecimiento per cápita del producto social bruto había sido del 2.5% anual entre 1945 y 1950, bajaba al 2.2% entre 1950 y 1955, al 1.7% de 1955 a 1960 y finalmente al 1.6% entre 1960 y 1965.

una superpoblación relativa o ejército industrial de reserva" (compárese Marx, *El capital*, 1er. tomo).

Este concepto de la marginalidad, comprometido con el enfoque marxista, es traído a la discusión por Quijano (1966) y los colaboradores del proyecto sobre marginalidad en el Instituto Torquato di Tella (Nun, Murmis, Marín, 1968). Ellos desarrollan el concepto dentro del marco de la "teoría de la dependencia"<sup>3</sup> y llegan a definiciones muy similares. Se justifica hablar del concepto de marginalidad de acuerdo con la teoría de la dependencia, porque no se ha vuelto a enfocar el tema bajo este aspecto en forma tan explícita y detallada, y el concepto desarrollado por Nun, Murmis, Marín y Quijano de algún modo reaparece en la mayoría de los demás trabajos sobre la dependencia (Dos Santos 1972; Córdova 1973; Marini 1973; Amin 1975; Senghaas 1977).

Lo que hasta ahora sólo se consideraba como elemento de la marginalidad es considerado por éstos autores como criterio determinante: desocupación y subocupación de grandes sectores de la población de América Latina. El razonamiento, del cual parten estos autores, es tan sencillo como razonable. Aunque aquellos que se denominan marginales no tengan nada (González Casanova 1965), siempre tienen su fuerza de trabajo, y el hecho que no puedan venderla —por ser campesinos sin tierra suficiente u obreros sin lugar de trabajo— los transforma en marginales en todos los aspectos sociales. Si hasta entonces sólo se había dado importancia al aspecto del consumo, ahora se vislumbra su requisito previo, el aspecto de la producción. Si algunos sectores de la población no encuentran los medios de producción que necesitan y que les permitan hacer uso de su fuerza de trabajo, será difícil que dispongan de ingresos que les proporcionen poder de compra, y tampoco tendrán acceso a las instituciones sociales ni participarán en los procesos de decisión.<sup>4</sup>

Mientras el concepto hasta ahora sólo consistía en catalogar elementos aislados, ahora se hace posible analizar las causas. Al caracterizar la marginalidad como fenómeno del ejército industrial de reserva, simultánea-

<sup>3</sup> Los estudios con el enfoque de la "dependencia" no son tan uniformes, que metodológicamente se pudiera hablar con justificación de una "teoría de la dependencia": sin embargo, se ha propagado este tipo de agrupamiento. Aquí nos referimos a los trabajos de los autores "dependentistas" de orientación marxista.

<sup>4</sup> Comp. tabla 3 anexa. Según esta tabla, "en 1975, de la población potencial y económicamente activa de los países en desarrollo —aproximadamente 700 millones— cerca del 5% estaba registrada como 'sin trabajo' y el 36% estaba subocupada. En cifras absolutas, esto significa que en 1975 había 33 millones de personas en los países subdesarrollados de Asia, África y América Latina registradas como desocupadas y aproximadamente 250 millones, subocupadas, entre ellas, un total de 50 millones en los sectores urbanos. El número de personas des- o subocupadas (en total 283 millones) equivalía entonces aproximadamente al doble del número de personas con trabajo en la industria manufacturera de los países industriales occidentales y países en desarrollo en total (1970: 141 millones) o aproximadamente a tres y medio veces mayor al número cotizado de trabajadores de la industria manufacturera de los países industriales de occidente (1970: 77 millones)". (Fröbel, Heinrichs, Kreye, 1977: 523).

mente se obtiene su clasificación histórica. Nun interpreta la concepción de Marx, diciendo que la “superpoblación relativa” se refiere a la manifestación correspondiente en todos los modos de producción —“relativa”, ya que siempre se trata de una superpoblación con respecto a las relaciones de producción y de propiedad existentes. Para él, el ejército industrial de reserva es la forma específica en que se manifiesta la superpoblación relativa en el capitalismo competitivo, y la “masa marginal”— como él llama a la población que está en la situación de la marginalidad es la manifestación del capitalismo monopolista (1969; 1972). La ley que genera este ejército industrial de reserva y la masa marginal en el proceso de explotación capitalista es la misma, pero sus consecuencias sobre él son diferentes (1969: 199). La función del ejército industrial de reserva, según Nun es que los desocupados estén constantemente disponibles para ser incorporados al proceso de explotación, ejerciendo de esta manera presión sobre los salarios de los obreros con ocupación. Pero, correspondiendo a la alta composición orgánica del capital en el capitalismo monopolista, siempre se emplean menos trabajadores en relación a la masa de capital, y este personal, en su opinión, debe ser altamente calificado, conforme a la técnica de tan alto nivel. De este hecho Nun deduce, que el capital monopolista no puede utilizar a los desocupados (en su mayoría no calificados) ni los necesita, por lo que pierden su función como depresores de los salarios. A causa de esta relación con el capitalismo monopolista que resulta de las leyes de mercado monopolista, J. Nun califica a los desocupados como “masa marginal” (1969: 201).

A su modo de ver, el ejército industrial de reserva es funcional para el sistema capitalista, en cambio ve a la masa marginal como afuncional e incluso disfuncional. Hoy en día, los desocupados ejercerían la función de reserva y de presión sobre los salarios y las condiciones laborales de los obreros con ocupación, sólo en el sector cada vez más reducido de las empresas que aún funcionan con base en la competencia capitalista y con una composición orgánica baja (202). Dado que el capital monopolista necesitaría, ante todo personal especializado, los desocupados serían marginales en relación a él; además, también podría ser marginal al monopolio aquella fuerza de trabajo poco calificada que trabaja en empresas con una composición orgánica baja, ya que no sería efectivamente utilizable.

Al igual que Nun, Quijano también considera la función de reserva y de presión sobre los salarios como la diferencia esencial entre el ejército industrial de reserva y la población marginalizada;<sup>5</sup> del mismo modo califica como “fuerza de trabajo marginalizada” el trabajo en ramas de la producción que para la “productividad del sistema” mismo son insignificantes (1970: 7-22; 1974: 334).

Quijano habla del “polo marginal”, para expresar que los marginaliza-

<sup>5</sup> Quijano revisa este concepto en el prólogo de la nueva edición de sus diversos artículos sobre marginalidad. Aquí interpreta la marginalidad como una “nueva dimensión” del ejército de reserva (1977: 19).

dos son parte integrante del sistema, pero con una consistencia constantemente decreciente de las relaciones sociales funcionales; por ello, la calificación de "polo" (1966: 19). Al mismo tiempo desea expresa con ello, que la marginalidad también se caracteriza por otros elementos además de la desocupación. En cambio, en la definición de la "masa marginal" de Nun, la desocupación determina claramente todos los demás elementos considerados como marginales.

En el primer boletín informativo sobre el concepto de la marginalidad, los colaboradores del proyecto en el Instituto di Tella habían considerado la marginalidad exclusivamente como un fenómeno del capitalismo dependiente. En el trabajo siguiente de J. Nun, y también en Quijano, la marginalidad es interpretada como una manifestación del capitalismo global en su fase monopolista, es decir, también la ven representada en los países altamente industrializados. Sin embargo, se hace resaltar como incomparablemente más significativa y extensa en los estados capitalistas dependientes (Nun 1969: 211; 1972: 124; Quijano 1970: 23-24). Porque, según J. Nun, los límites internos del sistema capitalista monopolista aquí son reforzados de tal manera por el factor externo de la dependencia, que el capitalismo llega a los límites de su fuerza expansiva. En otras palabras, también en los Estados Unidos existen desocupados que el sector monopolista ya no necesita (la función de reserva y de presión sobre los salarios desaparece), pero sólo en los países dependientes esto es una expresión masiva de las tendencias de estancamiento del capitalismo.

Para los países dependientes de América Latina, J. Nun, Murmis y Marín establecen tres tipos de marginalidad: el tipo A comprende el vínculo que se ha mantenido con las formas de producción precapitalista; con ello se refieren a los propietarios de medios de producción propios —vale decir, campesinos de subsistencia y artesanos. El tipo B incluye a los contingentes de mano de obra que han perdido el vínculo con medios de producción propios, que llegan a la ciudad, pero aquí "no consiguen insertarse en absoluto en el proceso productivo o sólo lo logran de modo intermitente y/o en actividades que subutilizan su capacitación previa". El tipo C incluye a aquella "fuerza de trabajo que ya estuvo integrada y luego queda cesante de modo permanente o sólo puede conseguir empleos intermitentes y/o ocupaciones que subutilizan su nivel previo de capacitación" (1968: 30-33).

Para todos los autores que recurren a la dependencia para explicar el subdesarrollo, la marginalidad no es un fenómeno transitorio, sino un elemento estructural del capitalismo dependiente. Aquí, Hobsbawm, mediante su clasificación histórica, contribuye en forma decisiva al esclarecimiento del concepto; compara la situación actual de des- y subocupación en América Latina con aquella en Inglaterra a comienzos de la industrialización y llega a la conclusión de que las manifestaciones son similares, pero que cualitativamente y por las repercusiones son muy diferentes. Una condición básica para la absorción de la enorme multitud de desocupa-

dos en la Europa del siglo XIX fue la tecnología aún sencilla y artesanal en los sectores claves para la industria naciente (minería, vías de comunicación y construcción) y ante todo, la posibilidad de emigrar a las colonias. Esta posibilidad actualmente no existe para los países subdesarrollados; pero lo más importante es que el desarrollo tecnológico está tan avanzado que la capacidad de absorción ya no puede compensar la superfluidad de la fuerza de trabajo (Hobsbawm 1969).

El desarrollo posterior del concepto de la marginalidad está influido por la crítica a las llamadas teorías de la dependencia. Las objeciones a las tesis sobre la estructura del capitalismo dependiente provienen ante todo del Brasil, vale decir, de autores que se dedican al estudio del desarrollo brasileño. El trasfondo objetivo para esta crítica es el llamado "milagro económico del Brasil". Este parece desmentir la caracterización que se hacía de una serie de síntomas del subdesarrollo como ligados inevitablemente a la dependencia.

Entre 1967 y 1973, las tasas de crecimiento, con un 10% del producto nacional bruto, son más altas que en cualquier otro país desarrollado o subdesarrollado. Bajo la dirección del Estado se monta la industria básica, vale decir, un sector, que presuntamente no podría formarse dentro del modelo del capitalismo dependiente. Aunque la participación de la industria manufacturera en las exportaciones en general sigue siendo de poca envergadura, sin embargo se logra aumentarla rápidamente, y la producción interna de bienes de capital se eleva del 7,5% anual en 1966/69 al 20% en 1969/70, la cuota de inversiones, del 17% en 1969, al 21,2% en 1970 y al 22,8% en 1973 (Hurtienne 1977).

En vista de este desarrollo, el brasileño Cardoso, pese a ser él mismo uno de los creadores de la teoría de la dependencia (Cardoso y Faletto 1969), critica especialmente a sus colegas que pretenden seguir elaborando esta teoría. Rechaza como falsa la tesis, que el desarrollo capitalista en la periferia sea imposible; y tampoco acepta la opinión de que la industrialización intensiva en capital absorba demasiado poca fuerza de trabajo y esto sea la causa de la creciente marginalización (1971: 75). Para él, el fenómeno de la desocupación masiva en las ciudades o la marginalidad no es un problema del subdesarrollo que estructuralmente no pueda ser superado, sino que es más bien la consecuencia de una determinada fase del desarrollo capitalista. En contraposición al modelo de la acumulación dependiente, Cardoso estima que la capacidad del sistema capitalista de crecer en forma espiral, vale decir, su carácter progresivo y acumulativo, también se presenta en el capitalismo del subdesarrollo. Así, para él se hace superfluo el uso de un concepto especial para la superpoblación relativa en el capitalismo dependiente. En general, ve el problema de la desocupación, también en los países subdesarrollados, ligado al fenómeno propio del capitalismo de los altos y bajos cíclicos de liberación y absorción de fuerza de trabajo (1974: 36-38). Ésta es la posición quizás más radical en la discusión.

También Singer critica el concepto de marginalidad de la teoría de la dependencia y especialmente la idea de que el capitalismo dependiente sea en cierto modo una forma singular de este modo de producción; él aboga por un análisis en que las explicaciones se deriven de las leyes generales del capital y sus contradicciones (1973 b). Se opone a Quijano quien señala el capital monopolista extranjero como principal culpable del subdesarrollo. En su opinión, en América Latina de ninguna manera existe una vinculación causal entre la formación de monopolios y el capital extranjero. Ya en la fase de sustitución de importaciones se habría creado monopolios con capital nacional, y además sería posible observar una retirada de capital extranjero de sectores monopolistas de importancia primordial (petróleo, electricidad y telecomunicaciones). Es una manifestación general del capitalismo actual el que el sector capitalista competitivo ya no ocupe una posición económica relevante en la economía general. Con ello entonces invalida el argumento de Quijano, según el cual la degradación de determinadas ramas de la producción llevaría a la marginalización frente al sector monopolista hegemónico, y que ésto sería un fenómeno específico de la dependencia. Pero a diferencia de Cardoso, Singer no rechaza la "marginalidad" o la "marginalización" como nuevas creaciones conceptuales superfluas, y en general es bastante más flexible en el uso de conceptos de diversas tendencias teóricas (Singer 1973 a 287-312; 1976: 60).

A semejanza de Cardoso, Singer considera los procesos actuales del desarrollo capitalista en América Latina como etapa que debe ser recorrida en el camino evolutivo del desarrollo de este modo de producción. Usa los conceptos "marginalidad", "producción de subsistencia", "modos de producción precapitalista o no-capitalista" y "sectores de producción clientes" para caracterizar las más diversas formas de ocupación y producción que coexisten en la actual fase de desarrollo de la sociedad latinoamericana, pero sin definirlos más detalladamente (1972 a y b; 1976; 1977). En cambio su concepto de ejército industrial de reserva está mejor definido y a partir de él es posible captar también el sentido de los demás. Para él, se trata de una reserva fluctuante y disponible de trabajadores, como quien dice, en posición de espera. Esto, según Singer, no corresponde a la realidad de los pequeños campesinos, a los que considera más bien como parte de una economía de subsistencia (1973 a: 51; 1976: 51-60); y tampoco valdría para el comercio minorista o la ocupación en actividades estatales, a los que en otro párrafo denomina "sectores de producción clientes" (1977: 55). Pero las empleadas domésticas, los trabajadores eventuales, vendedores ambulantes y limpiabotas evidentemente cumplen con los criterios de la disponibilidad y la fluctuación, por lo que Singer los califica como ejército industrial de reserva; incluso dice que el trabajo en prestaciones de servicio es la principal forma bajo la cual se presenta el ejército industrial de reserva en los países subdesarrollados. En los países desarrollados, los desocupados, para subsistir, recurren a un fondo social,



en cambio en los países subdesarrollados, la "redistribución" ocurriría individualmente mediante pago a través de prestaciones de servicio (1973 a: 51).

La desocupación y la subocupación que conducen al abultamiento del sector terciario y, en general, a la hipertrofia de las ciudades latinoamericanas, para Singer, tienen sus principales causas en el campo: la existencia de extensos sectores precapitalistas habría retardado la mecanización de la agricultura debido a la gran oferta de fuerza de trabajo barata que haría innecesaria la inversión en maquinaria y otros adelantos tecnológicos (1973: 300-312; 1976: 60). De aquí resulta el problema central, según Singer, el desarrollo demasiado escaso de las fuerzas productivas. Contrariamente a otros análisis que dicen que las innovaciones tecnológicas aumentan la desocupación, él sostiene, que a largo plazo son inevitablemente necesarias para el progreso social global. En un modelo explicativo muy específico trata de demostrar en qué medida se condicionan mutuamente una mayor acumulación, innovaciones técnicas ("cambios de proceso") y un mayor consumo de la clase trabajadora ("productos nuevos") (1977: 53-69).

El trabajo de Kowarick (1975) aporta un cariz totalmente nuevo a la discusión sobre la marginalidad. Sus consideraciones, al igual que las de su colega Oliveira (1972) al cual se refiere fundamentalmente, están esencialmente impregnadas del escepticismo frente a la dinámica del modelo de acumulación brasileño, en el sentido de un progreso social general. Y estas dudas se confirman por último totalmente, al comenzar en 1973/74 la llamada "crisis del modelo brasileño".

Kowarick rechaza la tesis formulada explícita o implícitamente por los teóricos de la dependencia: que un desarrollo genuino o capitalista propiamente tal sería imposible bajo las condiciones de la dependencia. Pero la tesis contraria de la dinámica acumulativa progresiva del capitalismo en el Brasil, tampoco se ha cumplido. Como Kowarick demuestra basado en datos estadísticos, la marginalidad persiste e incluso aumenta durante el "milagro económico brasileño". Este hecho abre nuevas perspectivas para la comprensión de la situación: "La persistencia o la creación del trabajo marginal adquiere así una importancia teórica fundamental en la medida en que se da en un cuadro económico dinámico y no estancado" (1978:32).

Bajo el concepto de marginalidad, Kowarick entiende formas de integración en las estructuras de producción, que no son típicamente capitalistas. El hace una diferencia entre relaciones de producción "arcaicas" y "tradicionales": éstas son, por un lado, las economías de subsistencia del sector agrario, los artesanos rurales y urbanos y la industria doméstica; por el otro, la ocupación autónoma en el pequeño comercio y en el ámbito de las prestaciones de servicio y el trabajo pagado en las casas privadas. Todas estas formas de trabajo y de producción resurgieron o se crearon en forma nueva en el transcurso del proceso de desarrollo capitalista del

Brasil. Por ello también se niega a relacionar la marginalidad exclusivamente con un bajo nivel de ingresos o de consumo y la caracteriza en el nivel de la producción como “una incorporación marginal a la división social del trabajo”.

Los datos usados por Kowarick son particularmente interesantes, porque reflejan la situación ocupacional en la fase de expansión. Con respecto a esto, en el Brasil se observa el siguiente desarrollo: entre 1940 y 1960, la proporción de los trabajadores artesanales (“self-employed” y miembros de la familia que ayudan) que participan en la producción industrial disminuye en forma constante; entre 1960 y 1970 en cambio, se observa un considerable incremento.<sup>6</sup> En cuanto al sector terciario, el número de los que aquí trabajan, en el Brasil aumenta constantemente; sin embargo llama la atención que entre 1960 y 1970 este aumento sea relativamente bajo en comparación con el fuerte crecimiento del contingente de los que trabajan en el sector secundario, uno de los fenómenos en que se fundaban las esperanzas en un crecimiento capitalista “normal” del Brasil. Para el sector terciario, Kowarick distingue entre las llamadas ocupaciones modernas (empresas de servicios con trabajo asalariado) y ocupaciones “de refugio”, considerando a las últimas como una forma de integración marginal en la división social del trabajo. No obstante la “modernización” del comercio, simultánea a la acumulación industrial, la proporción de los vendedores ambulantes en las ocupaciones terciarias se mantiene más o menos constante entre 1950 y 1970. La proporción de los trabajos por cuenta propia en el ámbito de las prestaciones de servicio en el sector terciario aumenta en un comienzo, pero posteriormente disminuye (1950: 10.8%; 1960: 14.6%; 1970: 8.5%); mas esta disminución sólo vale para los hombres, porque la proporción de las mujeres, también entre 1960 y 1970, va en constante aumento. Lo mismo vale para el número de personas que prestan servicios pagados en las casas privadas, éste casi se ha triplicado entre 1950 y 1970 (principalmente mujeres). Vale decir que, en general, a pesar del desarrollo favorable del trabajo en la relación entre el sector terciario y el secundario en el Brasil, de ninguna manera se puede hablar de una reducción de las ocupaciones marginales en esta área.

Respecto a ello, Kowarick concluye finalmente, diciendo que estos datos por cierto no permiten afirmar que el proceso de industrialización pro-

<sup>6</sup> Una relación separada de la situación de trabajo de obreros masculinos y femeninos arroja como resultado que la ocupación de las mujeres en actividades artesanales, siguiendo una tendencia general de disminución de esta forma de trabajo, disminuye entre 1940 y 1950. Entre 1950 y 1960, sin embargo, en un tiempo en que la fuerza de trabajo masculina es absorbida cada vez más por la industria en actividades de fábrica, se observa una tendencia de aumento del trabajo femenino artesanal; seguidamente, sin embargo, al aumentar nuevamente los artesanos masculinos, las mujeres vuelven a ser expulsadas de este ámbito (Kowarick 1978: 36, 38).

M. Mies observa el mismo fenómeno en la India; las mujeres, incluso en las peores situaciones, son desplazadas hacia la situación peor siguiente, lo que en la India lleva hasta el aniquilamiento físico (Mies 1979).

duce el trabajo marginal, pero la afirmación contraria, es decir, que estas formas de incorporación marginal a la división social del trabajo tendencialmente disminuirían con la expansión industrial, tampoco es verídica (1978:41). Al contrario, todo pareciera señalar, que en el subdesarrollo también existe solamente una (única) estructura lógica del capitalismo, la que paralelamente produce y mantiene las formas no típicamente capitalistas de la división del trabajo. Muy lejos de ser un peso muerto en el proceso de acumulación, la marginalidad es una componente integrante en la dinámica de la formación de riquezas (31). En otras palabras, el trabajo marginal contribuye a la valorización del capital y su acumulación.

Alain Touraine (1977: 1105-1142) se presenta en cierto modo como un mediador entre los frentes de los teóricos de la dependencia, los teóricos del modelo de acumulación brasileño y sus críticos. Concuere con Nun y Quijano, en el sentido que la marginalidad es un fenómeno de subocupación en la situación de dependencia; no obstante, rehusa aceptar como su causa principal, la dependencia económica, porque a su modo de ver —y en esto concuerda con los brasileños— también un país dependiente puede desarrollarse en el sentido capitalista. Opina que las leyes generales del capitalismo también son válidas en los países subdesarrollados de América Latina, y bajo este punto de vista, y no bajo el de la acumulación dependiente, deberá efectuarse un análisis de su economía. Los autores de la dependencia no habían estado muy lejos de creer en un modo de producción dependiente. Por otro lado, Touraine critica a los teóricos del modelo de acumulación brasileño, diciendo que pretenden explicar todo a través de la lógica del capital. Pero el hecho de que la subocupación sobrepase ampliamente los límites de la desocupación de la relación trabajo asalariado - capital, sería una limitación clara de este enfoque.

Touraine aboga por una reformulación de la dependencia: sería preciso no hablar más del capitalismo dependiente, sino de la acumulación capitalista en una sociedad dependiente (1126). En otras palabras, hace una división nítida entre economía y política. La ley económica es la del modo de producción capitalista, la política, la de la dependencia. Habla de una “dualización de las sociedades dependientes, de la asincronía en la evolución de sus diversos sectores, de la necesidad consecuente de distinguir entre modo de producción y modo de desarrollo” (1126).

Al igual que Singer, Touraine —cuyo interés principal se centra en la llamada marginalidad urbana— considera que sus causas están en el sector agrario. A su modo de ver, la agricultura precapitalista se ha conservado e incluso ampliado para los terratenientes, debido a la protección de las nuevas burguesías, lo que conduce a una expulsión de la fuerza de trabajo de este sector. Pero el problema radica en el hecho que, entre su expulsión por un lado y la atracción y absorción en actividades industriales por el otro, no exista coordinación. Así, Touraine llega a definir la mar-

ginalidad urbana como “un signo de la desarticulación de la sociedad dependiente, de la falta de coordinación de los sectores dominantes y los dominados en el empleo” (1123-1124).

## 2 Discusión de la teoría: la marginalidad y el modelo del modo de producción capitalista

### 2.1 *La contribución de los conceptos de marginalidad a la explicación del subdesarrollo*

Pareciera que casi no existe otro fenómeno más apropiado para revisar enfoques y teorías referentes al subdesarrollo, como aquel que se capta con el concepto de la marginalidad, porque se trata de la expresión más manifiesta y ostensible del subdesarrollo y que afecta a la mayoría de la población: pobreza, hambre y enfermedad. No obstante esta característica cuantitativamente y cualitativamente tan evidente, se observa en toda la discusión sobre la marginalidad, tanto en autores burgueses como marxistas, la tendencia de “explicar” su existencia, haciéndola aparecer como una excepción, una singularidad o irregularidad.

Así, el enfoque comprometido con las teorías burguesas de modernización caracteriza los fenómenos de la marginalidad como atraso, como “integración aún no alcanzada” al mercado y a los modelos de consumo correspondientes. Aquí, la irregularidad se ve en un desfase o atraso. En cuanto éste se haya superado, también habrán desaparecido los problemas. Pero el nivel de vida de la mayoría de la población de ninguna manera ha mejorado con la industrialización progresiva y la generalización de la producción de mercancías, lo que evidencia el error de este enfoque.

Aunque la posición de los teóricos de la dependencia a primera vista parezca diferente, sus tesis repiten sin embargo el mismo modelo de pensamiento. Aquí “dependencia” se transforma en una palabra clave, un verdadero sinónimo para excepción, singularidad, irregularidad o —como muchos autores de la dependencia, basados en Lenin y Trotsky, suelen decir— en la dependencia se muestra lo desigual y combinado del capitalismo. Aunque la miseria se relaciona ciertamente con desocupación y subocupación y con ello, con las leyes de la acumulación capitalista, sin embargo, frente a su existencia masiva, se olvida la lógica del argumento. Ésta se “explica” como caso extremo, más allá del caso normal, como consecuencia de la deformación del capitalismo, vale decir, de la dependencia. En estos trabajos son sumamente frecuentes las palabras como heterogeneidad, deformación, desarticulación, desintegración del capitalismo dependiente, etc. En cambio, mediante algunas preguntas se aprecia claramente la extraña idea de equilibrio de estas opiniones: ¿es homogé-

neo el así llamado capitalismo metropolitano? ¿es normal? ¿se articula uniformemente? ¿está integrado?

La crítica que los teóricos del modelo de acumulación brasileño hacen a la teoría de la dependencia debe entenderse más bien como advertencia frente a falsas consecuencias políticas. Según ellos, se trata de no subvalorar la capacidad y dinámica del sistema capitalista, más o menos en el sentido de considerar más fuerte al “adversario” de lo que la teoría de la dependencia, con su tesis implícita de estancamiento, supone. Pero el resultado al que finalmente llegan estos autores es el otro extremo, porque, dado que la dinámica de la acumulación capitalista se vuelve el motor mismo del desarrollo, caen en opiniones anteriores a las tesis de la teoría de la dependencia; la enorme desocupación nuevamente se presenta como un fenómeno de atraso, de desfase que no difiere mucho del enfoque modernicista.

Pareciera que la comparación entre los países imperialistas y los dependientes induce a buscar las raíces del capitalismo del subdesarrollo en aquellos momentos que impidieron u obstaculizaron el ritmo “clásico” de crecimiento, la espiral “clásica” de acumulación del capitalismo en estos países. En virtud del contraste entre el capitalismo desarrollado y el “subdesarrollado”, impresionados por el carácter funcional de la acumulación capitalista en los países hoy en día altamente industrializados, también los investigadores marxistas tienden a perder de vista las contradicciones del capital mismo. En vez de explicar la “deformación” del capitalismo, la así llamada “acumulación deficiente”, en base a las contradicciones de la valorización capitalista, hacen resaltar las diferencias de las formas bajo las cuales se presentan los procesos de acumulación en los países imperialistas y en los países dependientes. Aquello que Marx mismo llamaba las “condiciones clásicas” para el desenvolvimiento del capitalismo se interpreta literalmente; el desarrollo en Inglaterra y Europa se considera como “el” desarrollo capitalista, la situación allí, como “el” capitalismo. Se compara la realidad en los países latinoamericanos con el tipo ideal en vez de analizar las manifestaciones histórico-concretas de las leyes generales del capital.

Estamos confrontados con el problema, que los llamados enfoques teóricos marxistas para explicar la marginalidad y el subdesarrollo también están impregnados de ideología imperialista. Esto se da a través de un razamiento modelo, cuyos moldes se orientan en el desarrollo de los países imperialistas, en vez del análisis histórico positivo. Es más aún, mediante ello, estos enfoques incluso corren peligro de degenerar en una apología del capital mismo. Porque, si se presentan fenómenos de desocupación masiva y la miseria correspondiente como consecuencia de una deformación o una formación aún no alcanzada del capitalismo, entonces esto significa que el capitalismo “normal” excluye estos problemas. Pareciera, que la desocupación masiva, la subocupación y la depauperación no se ajustan al concepto existente de modo de producción capitalista.

Las dificultades de la discusión sobre la marginalidad remiten al concepto del modo de producción capitalista mismo. En otras palabras, el análisis de la marginalidad realmente insta a revisar las interpretaciones actuales de las categorías de la crítica de la economía política. El problema central está en que partiendo de un modelo se deducen explicaciones, en vez de analizar los procesos históricos. No es de extrañar que el problema del razonamiento modelo se manifieste justamente en relación a la marginalidad, ya que aquí las contradicciones del modo de producción capitalista se presentan con demasiada evidencia. En realidad, es posible que el proceso de aprendizaje sobre el modo cómo funciona el capital, con base en la nitidez de sus contradicciones, transcurra diametralmente opuesto a la deducción modelo: el análisis del capitalismo del subdesarrollo transmite conocimientos que permiten comprender el capital imperialista y el modo de producción capitalista en general.

## 2.2 *Crítica de las deducciones y de los postulados del modelo*

Las dificultades de lograr un manejo históricamente adecuado de las categorías de Marx al analizar el modo de producción capitalista, en parte ya provienen de Marx mismo. Es allí donde se arraigan las categorías analíticas del modo de producción capitalista referidas a un modelo biclasista, proletariado y burguesía, trabajo asalariado y capital, y en cuyo marco nacen estas dificultades. Aun cuando Marx más de una vez señala la pragmática heurística de reducir a este modelo (compárese Rosa Luxemburgo 1966: 255-257), se observa sin embargo su tendencia a considerarla una realidad, una realidad por cierto, que para él solamente en el futuro iba a desembocar en aquella forma pura del modelo propiamente tal. Marx parte del supuesto de que al desarrollarse el modo de producción capitalista, todas las relaciones de trabajo se transformarían a nivel mundial en relaciones de trabajo asalariado, que todo trabajo será subsumido realmente bajo el capital ("Resultate": 45-46). Llama la atención que Rosa Luxemburgo, que se dedica al estudio del desarrollo del capitalismo a nivel mundial en su forma imperialista, inicie su crítica justamente en este modelo biclasista (1966: 270). Sin embargo, también ella sigue esta línea de pensamiento, suponiendo que al desarrollarse la industria y generalizarse el mercado capitalista, se impondrá el modo de producción capitalista propiamente tal, en el sentido de la generalización universal de la relación trabajo asalariado y capital (335).

Pero esta tesis entretanto ha sido refutada reiteradamente por la historia misma. El ama de casa en la pequeña familia patriarcal, que apenas surge sobre la base capitalista, representa la forma más antigua de una relación de trabajo no asalariado en el capitalismo (compárese Reid 1934; Hartmann 1974; Ehrenreich y English 1975; Kittler 1980). Agréguese la producción pequeñocampesina, cuya amplia existencia en los países subdesarrollados ya no debe entenderse como un fenómeno de perseverancia, sino más bien,

como un resurgimiento que acontece contemporáneamente sobre bases capitalistas (compárese Vergopoulos 1974). La subordinación del pequeño campesino al capital, que no ocurre en forma salarial, resalta especialmente en su función como productor por contrato para la empresa agropecuaria transnacional. Por último, en la época más reciente, se suma el aumento progresivo de formas de trabajo no asalariado de la población que vive en la miseria, especialmente en los países en desarrollo. Su aparición es un claro resultado del mecanismo capitalista de desplazamiento hacia la reserva industrial. Aunque sea totalmente evidente que las relaciones de trabajo no asalariado nacen con el desarrollo capitalista mismo, la mayoría de los autores marxistas actuales sigue aferrada al modelo clásico del modo de producción capitalista, cuyas categorías son impuestas a las condiciones dadas. El conflicto metodológico que así se les presenta, se expresa en conceptos como “desintegración”, “heterogeneidad estructural”, “desarticulación”, “deformación”, etc. Es comprensible que este conflicto metodológico se haga particularmente grande al investigar aquellas situaciones, como en la discusión sobre la marginalidad, cuya realidad por último contradice empíricamente las leyes del modelo.<sup>7</sup>

Esta problemática metodológica se agudiza aún más por el hecho de que la relación “trabajo asalariado - capital” apenas ahora se valora como intrínsecamente capitalista, cuando los obreros trabajan con maquinaria. El hecho de que la producción industrial y la acumulación basada en la me-

<sup>7</sup> Igualmente caben dudas en cuanto al sentido del modelo biclasista, a la transformación de todo trabajo en trabajo asalariado y a la preponderancia de los trabajadores industriales por ser la mayoría en los llamados países industriales. Nos basta una mirada a los datos correspondientes. No obstante, parece haber sido necesario las masivas evidencias contrarias en los países subdesarrollados para llevar a una percepción del estado de las cosas.

Leisewitz, cuyo propósito es justamente comprobar la implantación del modelo biclasista, no puede dejar de constar para la RFA: “En 1974 había 12 millones de trabajadores activos en la RFA y Berlín Occidental. Son el grupo productivo y asalariado más grande del país, pero desde los años 50 disminuye su proporción. La población dependiente de un sueldo o salario, en el año 1950 había equivalido al 51%, en 1974 correspondía sólo al 44%. Para el contingente de los trabajadores dependientes de un salario, el descenso es aún más evidente, del 71% en 1950 al 53% en 1974. Desde los años 60, la clase obrera disminuye en la RFA en número absolutos (aproximadamente un millón) — a pesar de la fuerte afluencia de trabajadores extranjeros” (1977:89).

Si contamos sólo a los obreros industriales, se observa un aumento en cifras absolutas de 1,7 millones entre 1950 y 1960 (a 6 millones); pero desde entonces, la cifra se mantiene estacionaria e incluso es levemente recurrente. La proporción de la población activa ha aumentado del 18% en 1950 al 22% en 1960 y 1974, en cambio la proporción de los dependientes de un salario se ha mantenido constante con aproximadamente un 27% en el mismo período (cifras según Leisewitz).

Si por otra parte se mantiene en mente que en la RFA se trabaja 50 mil millones de horas no remuneradas en el hogar, frente a 52 mil millones de horas pagadas en la llamada producción social (Müller 1978: 126), entonces realmente cabe la pregunta, qué hay de la exclusividad con que el trabajador industrial asalariado acapara el centro de la crítica del capitalismo.

canización son el elemento central de este modo de producción, que determina todas las demás relaciones, se concretiza de tal manera, que sólo esta forma de producción se considera capitalista. Con base en este principio se llega a caracterizar las formas de producción artesanales no industriales como "no capitalistas" o "precapitalistas". De este modo, en lugar de señalar los nexos existentes entre la mecanización, la liberación de la fuerza de trabajo, la artesanía, las prestaciones de servicio, etc., se llega a la delimitación mediante definiciones.

En relación directa con esto está la confusión o equiparación de la tecnología capitalista con el desarrollo de las fuerzas productivas. Aunque este concepto, bajo un principio evolucionista, es realmente consecuente si antes se han determinado las relaciones de producción capitalistas como restringidas al trabajo asalariado en la industria. Pero en forma igualmente consecuente se elimina así la contradicción de que las relaciones de producción son un freno para el desarrollo de las fuerzas productivas. De antemano se da por sentado que el proceso industrial del trabajo salarial también implica progreso histórico.

Lo mismo vale para el concepto del obrero industrial asalariado. El productor inmediato genuinamente explotado en forma capitalista por excelencia, se reduce más implícita que explícitamente al obrero masculino, mayor de 18 años, y que trabaja en la gran industria. De este modo es prácticamente imposible analizar la explotación y la división clasista de la mayoría de la población que no corresponde a este tipo ideal.

Aunque la determinación de la marginalidad en términos de la crítica de la economía política, con ayuda de la categoría del ejército industrial de reserva, haya proporcionado la clave para la investigación, aclarando cómo, dentro y con el modo de producción capitalista, se reproducen las formas no asalariadas y no industriales de explotación del trabajo mediante el mecanismo de la acumulación misma, el razonamiento basado en el modelo de tipo ideal ha vuelto a impedir el desarrollo ulterior de este enfoque.

El verdadero factor desencadenante para esto es un modo de enfocar los problemas del subdesarrollo, que yo caracterizaría como la "visión desde arriba" (Mies 1978), vale decir, desde el punto de vista del capital: mientras mayor sea la acumulación y mientras más absoluta sea la producción capitalista inmediata, más desarrolladas estarán las fuerzas productivas y menores serán las insuficiencias materiales de la sociedad. Aquí faltan sin embargo dos aspectos esenciales: que las contradicciones de este modo de producción se manifiestan en forma cada vez más evidente en el mismo proceso, y que este desarrollo se efectúa a nivel mundial.

Al analizar el actual modo de producción capitalista es preciso tener en mente la internacionalización de la acumulación. El ejército industrial de reserva en constante aumento no es una "falla aislada" de un determinado modelo de acumulación nacional, sino, un factor esencial de este modo de producción global, reproduciéndose por su carácter contradicto-



rio mismo. Bajo condiciones capitalistas, el desarrollo de las fuerzas productivas se manifiesta de tal modo, que la absorción de los obreros en el trabajo industrial asalariado disminuye constantemente en relación a su número total, vale decir, crece y se destaca cada vez más un ejército industrial de reserva estructuralmente estancado. Con base en este desarrollo histórico, la función de la disponibilidad del ejército industrial de reserva para el proceso de explotación industrial inmediato se relega cada vez más a segundo plano; en cambio, la pregunta de cómo produce y cómo sobrevive, gana cada vez más en importancia.

PRIMER POSTULADO: "El ejército industrial de reserva se determina por su funcionalidad para el sistema capitalista".

Nun y Qujano, que plantearon directrices para el análisis de la marginalidad al incorporar la categoría del ejército industrial de reserva a la discusión; sin embargo, en la formulación de los pormenores vuelven a concentrarse en un solo aspecto de esta área tan compleja de problemas. La función del ejército industrial de reserva, de estar disponible y empeorar de este modo las condiciones de trabajo de los obreros industriales contratados, se transforma en el punto cardinal de sus argumentos.

Es verdad sin duda que la disponibilidad y la función de ejercer presión sobre los salarios son un efecto importante del ejército industrial de reserva, pero esto de ninguna manera es un factor que determine su existencia o su evergadura. Aquí casi se da la impresión de que el ejército industrial de reserva fuera una creación racional de alguna representación política del capital en general. Mas como Marx señalara, el ejército industrial de reserva es una parte integrante importante y resultado del movimiento del capital. Debe atribuirse a la ley contradictoria de la apropiación capitalista misma: por una lado, el capital está forzado a crear trabajo necesario para poder apropiarse del plustrabajo; por otro lado, se esfuerza constantemente en suspender o reducir el trabajo necesario en favor del plustrabajo (Marx, *Grundrisse*: 304). Como Cardoso subraya con justa razón en su crítica a Nun (1969), éste mezcla dos enfoques absolutamente contrarios. Desde el plano de la economía política cambia al de la teoría del funcionalismo estructuralista. En lugar de analizar las contradicciones, se plantea la pregunta de las funciones adecuadas o inadecuadas para el capital.

Más allá de este desacierto metodológico básico, además es imposible comprobar empíricamente que una parte del ejército industrial de reserva se pueda determinar como masa marginal o polo marginal con base en la falta de disponibilidad real para el sector monopolista. Justamente las fábricas de exportación del gran capital transnacional (p. ej. las maquiladoras) muestran que el conocimiento de la tecnología avanzada se usa para seguir descomponiendo, más que hasta ahora, los procesos laborales, de tal modo que los lugares de fabricación de un producto incluso pueden estar dispersos en diversos continentes. Esto permite el uso masivo y en

condiciones favorables de fuerza de trabajo no calificada. Cuán poco se gasta en la fase de adiestramiento se comprueba ya por el hecho que frecuentemente se recambia el personal en su totalidad en el plazo de un año (Fröbel/Heinrichs/Kreye 1977: 20-66; Kowarick 1975: 119). Contrariamente al supuesto de que el desarrollo monopolista en general traiga consigo un desarrollo hacia la mayor calificación de la fuerza de trabajo, en los países imperialistas como también en los dependientes se observa la tendencia de aprovechar junto a un reducido número de personal altamente calificado, a la amplia fuerza de trabajo sin calificación alguna (Braverman 1974: 424-443). En favor de ello también habla, entre otros factores, la reducción de los obreros calificados (Leisewitz 1977: 106) o la nueva tendencia hacia la descalificación en la industria del acero y de la imprenta (cifras para la RFA: FR, 15.11.78).

La fijación en la producción del capital monopolista industrial dificulta el análisis de las relaciones reales de explotación. La supremacía de los monopolios justamente significa el control sobre la circulación, y no sólo en relación a las mercancías producidas en forma inmediata por los monopolios, sino que en relación al mercado de productos y de fuerza de trabajo en general. Además de las ganancias extraordinarias que los monopolios realizan sobre la base del plustrabajo en otros ámbitos de la producción, también es preciso considerar dos mecanismos esenciales de la acumulación monopolista: por una parte, la explotación directa de los trabajadores en las empresas que Nun y Quijano califican como de competencia capitalista, ya que abastecen la industria monopolista; por otra parte, la explotación indirecta de la producción pequeñocampesina. El trabajo no remunerado en este sector reduce los gastos de reproducción de la fuerza de trabajo, sólo así es posible mantener los salarios bajos los costos del mínimo existencial; la producción minifundista en cierto modo subvenciona los salarios (Fröbel/Heinrichs/Kreye 1977: 537, 577). Desde este punto de vista se demuestra cuán inadecuado es caracterizar a los obreros, que trabajan en empresas con una composición orgánica baja, como el ejército industrial de reserva para el capital monopólico y cuán desproporcionado es calificar a la población empobrecida, sin trabajo o subempleada, de afuncional o incluso disfuncional para el sistema. La causa de este análisis restringido es el concepto unilateral y restringido del ejército industrial de reserva que lo concibe como tal, sólo cuando un obrero puede ser inmediatamente reclutado para un determinado trabajo salarial.<sup>8</sup> Se trata, por decirlo así, de una mirada hipnotizada hacia el obrero asalariado industrial con ocupación, en vez de estudiar el modo de vida del ejército industrial de reserva mismo, es decir, las formas de producción

<sup>8</sup> En un estudio más reciente referente al tema, Nun sigue este enfoque aun con mayor consecuencia. No es la forma de producción y de vida de la masa marginal y su valor inmediato en el proceso de acumulación lo que le interesa, sino que considera que la función de la disponibilidad de los trabajadores para el sector monopolista es políticamente decisiva (1978).

para la supervivencia. Aún cuando Marx aborda las diversas formas de existencia del ejército industrial de reserva —“flotante, latente y estancado” (*MEW* 23: 670)—, lo que aclara que “ejército industrial de reserva” no es sinónimo de inactividad, parece sin embargo que el uso posterior del concepto se caracteriza por la imagen de la “ociosidad obligada”.

Sin embargo, no se trata de ociosos, sino de productores para la propia supervivencia. En otros términos, la investigación de la importancia social, económica y política de la población marginalizada necesariamente debe incluir sistemáticamente las formas no asalariadas, no industriales y/o monopolistas en el modelo de la acumulación capitalista.

SEGUNDO POSTULADO: “La baja absorción de la fuerza de trabajo debe atribuirse al desarrollo deficiente de las fuerzas productivas, vale decir, a la existencia de sectores preo no capitalistas”.

Entre los científicos sociales latinoamericanos con antecedentes marxistas, Paul Singer es el que se ha ocupado durante el mayor tiempo y en forma más intensiva de los problemas de la población, de la des- y la subocupación. Pero la comprensión de sus diversos trabajos referentes al tema se hace sin duda difícil, por el hecho de cambiar reiteradamente los conceptos y de usar elementos de diferentes tendencias teóricas. No obstante, al revisar sus textos con mayor detención, se descubre un modelo de modo de producción capitalista, en el cual Singer orienta su análisis y con el cual relaciona la situación existente en América Latina, especialmente en Brasil. Su modelo prevé solamente una relación de producción capitalista única, la del trabajo asalariado y el capital. Según él, esta relación se transforma en propiamente capitalista sólo cuando se trata del obrero doblemente libre, asalariado en la empresa mecanizada.

Dentro de este marco, Singer intenta demostrar que los tres factores—fluctuación del ejército industrial de reserva, desarrollo de las fuerzas productivas y mayor acumulación— se refuerzan mutuamente (compárese en cambio *MEW* 25 232).<sup>9</sup> Esta interacción de contradicciones, que según él hace progresar el proceso de acumulación en los países desarrollados y allí trae consigo progreso social colectivo, no funciona en los “países no desarrollados”, porque los modos de producción no capitalistas desencadenan mecanismos contrarios. Los trabajadores de estos sectores

<sup>9</sup> “Por ello, en la misma proporción en que se desarrolla la producción capitalista, se desarrolla la posibilidad de una población trabajadora relativamente excesiva, no, porque disminuya la fuerza productiva de los trabajadores, sino, porque aumenta ” (*MEW* 25:232).

Aquí Marx vuelve a llamar la atención sobre la contradicción existente entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas en el contexto del tratamiento de la caída tendencial de la tasa de ganancia. Su intención es mostrar, que el capital mismo se ve afectado por su ley contradictoria, o sea, que la imposibilidad de evadir esta contradicción es justamente lo que constituye su ley.

rompen la dinámica del mercado de trabajo capitalista, ya que “aún” poseen medios de producción propios (1977: 55). Ellos, por decirlo así, producen el caos en el mercado laboral capitalista puro, no en último lugar, porque ofrecen fuerza de trabajo barata, que, según Singer, impide la introducción de cambios de proceso (tecnología nueva).

Como segundo factor, que conduce al hecho que “el capitalismo en los países no desarrollados se encuentre en una situación ambigua y contradictoria”, Singer señala las relaciones del mercado mundial con los países desarrollados, mediante las cuales se dificulta adicionalmente una relación autónoma entre los cambios de proceso y los productos nuevos en el consumo de la clase obrera (65-66).

Resumiendo, el método explicativo de Singer no logra sobrepasar un nivel de simple comparación; compara la realidad latinoamericana con su modelo, enuncia dos factores que la hacen diferente de éste —la existencia de modos de producción no capitalistas y la dependencia del mercado mundial— y luego usa estos factores para llegar a la explicación de las diferencias. Es el contexto del desarrollo histórico del modo de producción capitalista, lo que Singer ha perdido de vista; su argumento opera implícitamente con la tesis del desarrollo nacional recuperante, especialmente, en lo concerniente a las fuerzas productivas. En este punto el enfoque de la teoría de la dependencia estaba bastante más avanzado, porque reconocía la coexistencia histórica del capitalismo desarrollado y el capitalismo subdesarrollado, vale decir, que el subdesarrollo habría nacido y evolucionado junto con el desarrollo capitalista mundial. Sin embargo, los autores dependencistas finalmente no incluyeron este paso en el análisis mismo. Pero Singer, por su parte, está aún más alejado de este enfoque.

El concepto del modo de producción capitalista usado por Singer en verdad impide la posibilidad de un análisis histórico. Son procesos laborales aislados o la tecnología de algunos sectores de la producción los que se identifican como relaciones de producción y fuerzas productivas, es decir, falta la dimensión social en el concepto, por lo que es ahistórico, e incluso antihistórico (Schmidt 1970).<sup>10</sup> Un enfoque histórico evolucionista se transforma en un principio abstracto, que es problemático, especialmente porque las relaciones de producción capitalistas se consideran absolutamente indispensables para lograr el desarrollo de las fuerzas productivas. Pero las formas de supervivencia que nacen de la liberación actual de la fuerza de trabajo, ya no pueden seguir siendo analizadas mediante conceptos que pertenecen a otra época histórica. Es así, como no tiene sentido seguir definiendo como agricultura precapitalista, no capitalista o de subsistencia a la relación de producción de los productores pequeñocampesinos que siguen aferrados a la parcela por constituir ésta

<sup>10</sup> Singer aquí usa conceptos, que más bien corresponden a un enfoque estructuralista. Como la concepción estructuralista en general ha sido ampliamente aceptada en la teoría marxista en América Latina, esto ha impedido enormemente un análisis histórico positivo de la sociedad.

su lugar de trabajo, y que son explotados a través de la venta de sus productos, del trabajo asalariado adicional o de la agricultura por contrato (compárese Bennholdt-Thomsen 1976). Tampoco es posible clasificar a los pepenadores, que viven en los basureros de las ciudades, como recolectores, ni a los pequeños vendedores ambulantes, como pequeñoburgueses, sólo porque no son trabajadores dependientes.

El concepto estrecho del modo de producción capitalista conlleva el peligro que la teoría marxista degenere en una apología del capital. Es así como para Cardoso, el enorme ejército industrial de reserva en América Latina hoy en día, realmente no es otra cosa que el “precio de la subyugación de generaciones y de sectores importantes de las clases explotadas”, que “el sistema capitalista” debe “pagar” por el progreso (1974: 37).<sup>11</sup> Y Singer, por su concepto aislado de fuerzas productivas, es inducido a atribuir su falta de desarrollo a una acumulación deficiente del capital, en vez de señalar que la acumulación en gran escala y a nivel internacional es la causa del proceso cada vez más amplio de depauperación (compárese *MEW* 23: 674). En cambio subraya en diferentes ocasiones que sólo una política de apoyo a las tecnologías más modernas sería socialmente razonable, lo que equivale al consejo de exorcisar al Diabolo con Belcebú.

La dificultad de los autores marxistas de reconocer las formas no asalariadas del trabajo en su relevancia económica, social e histórica, o en general, de percibir al menos estas formas, tienen su causa sistemática en los conceptos que ellos utilizan. Toda el área de la subsistencia, de la crianza de la generación siguiente y del trabajo diario en la reproducción de la fuerza de trabajo lisa y llanamente se excluye de lo que es la producción social. Es así como Singer escribe que sería necesario establecer una diferencia entre la “ocupación” basada en el empleo directo de la fuerza de trabajo para la producción de mercancías o valores de uso, de los cuales el productor mismo se apropia y sólo el primer tipo de “ocupación” es capitalista, y es él, el que expande a costa del segundo tipo, cuando se efectúa un desarrollo capitalista de la economía (1977: 53).

<sup>11</sup> El ejército industrial de reserva se mantiene estructuralmente estancado, vale decir, bajo las condiciones de la producción capitalista, dependiente del mercado mundial, sólo es posible pronosticar un crecimiento, no una mejor absorción, del ejército industrial de reserva.

No obstante las deficiencias en las fuentes estadísticas latinoamericanas, por subestimar notoriamente o ignorar la desocupación existente, el siguiente cuadro muestra claramente la tendencia del desarrollo:

Proporción (en %) de la desocupación en la población activa (desocupación mínima abierta) en América Latina

1950	1955	1960	1965
5,6	6,9	9,1	11,1

según Lederman, 1969:8

Mientras que la proporción de la desocupación mínima abierta se ha duplicado en 15 años, su cifra absoluta se ha triplicado.

Al referirse al segundo tipo de ocupación, Singer piensa en la llamada economía de subsistencia de los campesinos y en los artesanos, pero no incluye la producción del ama de casa, aquella ocupación que en el desarrollo capitalista se presenta masivamente con el trabajo asalariado y que coincide exactamente con su definición del segundo tipo. En esta omisión por principio de todo un sector de la producción, lo que posteriormente hace imposible concebir la formación de otras relaciones de trabajo no asalariadas junto al desarrollo del capital. Es interesante que Singer no haga sencillamente caso omiso de esta área (que es el procedimiento más frecuente); no obstante no lo considera como sector de producción, sino que como una situación natural. Por ello denomina la presencia de mujeres y jóvenes en el mercado laboral como afluencia de fuerza de trabajo "secundaria", que llevaría al aumento del ejército industrial de reserva (64). En otras palabras, la "fuerza de trabajo capitalista" es el obrero-hombre mayor de 18 años y lo mismo vale entonces también por definición para el ejército industrial de reserva. La situación de las mujeres y los jóvenes, mientras no se encuentren en una relación de trabajo asalariado, no es definida ni social, ni histórica ni económicamente. Este "aspecto, para el cual la crítica de la economía política ha estado ciega", tiene consecuencias que trascienden mucho más allá del sólo hecho de ignorar la división del trabajo por sexos como parte de la división social del trabajo en el capitalismo (Werlhof 1978).

Hay una característica común a todas las formas no asalariadas del trabajo que llama la atención, es su vinculación directa con la reproducción de la fuerza de trabajo, su importancia para la producción de supervivencia. Lo que nos da que pensar y nos preocupa, es que justamente este trabajo se clasifique como histórica y socialmente irrelevante.

TERCER POSTULADO: "La explotación por el capital se da solamente en el trabajo asalariado".

Kowarick logra encontrar el punto de partida decisivo para la determinación de la marginalidad: que todas las relaciones de trabajo están determinadas por el proceso de acumulación, también bajo las condiciones actuales de subdesarrollo. No obstante la orientación alentadora que con ello toma la teoría de la marginalidad, también en su estudio predomina la dificultad en el uso del concepto del modo de producción capitalista, por un lado, como categoría lograda mediante el análisis histórico, por el otro, como categoría estipulada en forma de tipo ideal. En contradicción con su caracterización de todas las relaciones de trabajo como parte integrante de un solo modo de producción, a la cual llega mediante el estudio histórico, Kowarick caracteriza las relaciones de trabajo marginales como "no típicamente capitalistas", "no totalmente capitalistas" o "no propiamente capitalistas". Nuevamente se observa aquí la definición por comparación y con base en lo que falta, en vez de una clasificación positiva.

De este modo, Kowarick por un lado también incluye en la discusión de la marginalidad el problema decisivo de cómo se explota las formas marginales del trabajo; pero por el otro lado se limita a vagas perifrasis, ya que para él, la definición de la explotación en el capitalismo está ligada a la extracción de la plusvalía en el proceso del trabajo asalariado. Al igual que Oliveira, dice que de las formas marginales del trabajo se transfiere un excedente a las estructuras propiamente capitalistas. Pero ello no significa que esta transferencia sea básicamente importante para el sistema capitalista; al contrario, este excedente pareciera ser sólo una parte mínima del producto total (Kowarick 1975: 105). La contribución consistiría menos en el aumento del producto total que en el hecho que de este modo se suministra una infraestructura de los costos, que en su opinión, es altamente compensatoria, ya que contribuye a un abaratamiento de la reproducción de la fuerza de trabajo. El bajo nivel de las viviendas urbanas, su construcción basada en la iniciativa personal, el uso retringido de los servicios público (salud, electricidad, educación) y la confección y reparación baratísima de la vestimenta, así como la mínima comercialización de alimentos, todo realizado principalmente por cuenta propia de los trabajadores, crearían condiciones mediante las cuales la clase obrera, sea o no marginal, podría reproducirse a nivel mínimo de subsistencia; de esta manera se haría posible una acumulación sobre altas cuotas de explotación, ya que el capital estaría en condiciones de pagar salarios mínimos a los obreros directamente dependientes de él (Kowarick 1975: 89 y 105; compárese Oliveira 1972: 26-30).

¿Cómo debe entenderse la combinación de declaraciones, que por un lado afirman que sólo la apropiación de la plusvalía en la empresa es verdadera explotación, y por el otro, que el trabajo marginal, mediante sus servicios y mercancías, crea una infraestructura favorable de costos? ¿Es que los trabajadores marginalizados subvencionan a los obreros asalariados? ¿Debe entenderse que los obreros asalariados son mediadores de la explotación entre el capital y la fuerza de trabajo marginalizada? Estas ambigüedades se reducen a dos problemas fundamentales de la teoría marxista. El primer problema consiste en que faltan los elementos teóricos para clasificar adecuadamente la explotación que sufren los trabajadores incorporados marginalmente al proceso laboral capitalista, ya que la teoría del valor, en su formulación "clásica", sólo considera el trabajo asalariado, y de éste, sólo aquél efectuado en las empresas, como creador de valores. En segundo lugar, faltan los elementos que expliquen cómo se reproducen las relaciones laborales no asalariadas mediante la relación capitalista misma. Mientras no se aborden estos dos problemas, las declaraciones, en el sentido que las relaciones marginales de trabajo estarían determinadas por el proceso de acumulación y serían un aporte para éste, seguirán siendo meras afirmaciones, en pro de las cuales sólo hay algunas evidencias.

CUARTO POSTULADO: "La lucha de clases en el capitalismo es proletaria".

La problemática de la falta de explicaciones materialista-económicas de la marginalidad, también para la argumentación política, se observa claramente en los estudios de Alain Touraine. Como punto de partida de su investigación, Touraine estipula que los marginalizados, por mucho que se diga que son los "condenados de esta tierra", de ninguna manera son los más luchadores o los más conscientes entre los trabajadores explotados; para él no cabe duda, que no son militantes (1977: 1105). Para poder entender este fenómeno —de cuya veracidad es posible dudar— comienza por revisar las explicaciones deducidas de la teoría marxista referentes a las causas económicas de su posición social. Después de esta revisión crítica llega a la conclusión de que en relación a la marginalidad, no existe una explicación positiva para la relación entre la base económica y la superestructura política. La conclusión es acertada, pero la consecuencia que de ello deduce es lamentable. Como los autores marxistas no logran establecer las relaciones entre la población marginalizada, su explotación capitalista y la acumulación y reproducción del capital, desechan este rumbo como inadecuado para el planteamiento del problema. Hasta la introducción del concepto de la formación social capitalista (1116) es sólo un recurso, ya que Touraine sólo insinúa tener presente el contexto global, sin llegar a analizarlo. Es más aún: el uso de este concepto, sin caracterizar previamente las relaciones económicas, incluso nos parece extremadamente problemático, ya que así se fomenta la creencia que la reproducción de estas relaciones de trabajo se debe a fenómenos superestructurales.

Las conclusiones de Touraine terminan siendo una paradoja: "...los marginales pertenecen al sistema capitalista, más por la exclusión que por la explotación. No logran compartir directamente una conciencia de clase o participar directamente en la lucha de clases" (1131). De este modo llega a la peor de todas las posibles explicaciones, que sigue dejando pendiente la reducción del "sistema capitalista" a la relación trabajo salarial-capital, vale decir, al modelo biclasista de burguesía y proletariado. Como la teoría es incapaz de conceptualizar las relaciones reales de explotación y, en consecuencia, tampoco puede caracterizar la situación de clase de los afectados, entonces no existe para él la explotación, y la lucha de los afectados no puede ser considerada como lucha de clases (1140). Y eso que Touraine mismo describe con bastantes pormenores las formas reales de organización, los conflictos e incluso las "victorias" de la población marginalizada; no obstante, parece que para él, la "lucha de clases realmente capitalista" sólo se efectúa entre la burguesía y el proletariado, y en este caso, incluso reducido a las formas clásicas de la lucha sindical (1133), de los partidos políticos o de grandes organizaciones (1136). Pareciera que en la lógica de su análisis Touraine no lograra distanciarse de los dictados implícitos del tipo ideal, aunque en otra parte, él mismo señale por ejemplo, que los sindicatos en general sólo representan y defienden a los



trabajadores que se concentran en empresas de cierta importancia y no a aquéllos que están marginalizados (trabajadores cesantes, subocupados, obreros de jornada reducida, trabajadores a contrata, etc.) (1126).

Su evaluación de la confrontación de los marginales con el Estado es igualmente contradictoria. Por un lado describe las sublevaciones en las ciudades, las ocupaciones de tierras, la organización en los barrios pobres para obtener agua potable o electricidad — conflictos en que los marginalizados se confrontan directamente con el aparato estatal y su represión—; sin embargo critica por otro lado, que estas capas de la población se dirijan directamente al Estado con sus peticiones o se dejen satisfacer y pacificar con servicios asistenciales prestados por instituciones estatales (1136-37). Aquí cabría la pregunta si la lucha sindical de confrontación entre trabajadores y empresarios se desarrolla de modo diferente. Por otra parte, la explicación de Perlman con respecto a este punto me parece bastante más adecuada y políticamente racional. En su opinión la población marginalizada no se afilia a partidos políticos o corrientes de oposición o de izquierda, sencillamente, porque éstos no ofrecen una alternativa para sus problemas específicos, lo que, como pretende demostrar la presente crítica, no debe causar asombro, ya que en los partidos de tendencia marxista, estas clases tampoco existen como clases, su lucha no se considera como lucha de clases y su economía se clasifica como irrelevante. En la investigación de Perlman, la experiencia concreta de los habitantes de las favelas en Río es que su situación antes y durante el gobierno militar ha permanecido idéntica, por lo que consideran más razonable buscar arreglos para su supervivencia directa con cualquier gobierno que esté en funciones, en vez de arriesgar su existencia por intereses ajenos (1977: 306).

Como Touraine muy bien señala, es difícil demostrar que el mecanismo de creación de ganancias genere la marginalidad (1118); sin embargo es necesario afrontar esta dificultad. Las dificultades provienen del hecho de que los fenómenos del trabajo marginalizado se dan masivamente, no obstante, por regla general, vuelven a considerarse como caso extraordinario, más allá del caso normal; sin embargo, a lo que realmente debe llegarse, es a la reconsideración de lo que se entiende como caso normal.

### 3 Un nuevo concepto de marginalidad

El estado actual de la discusión sobre esta categoría puede resumirse diciendo que con ella se abarcan relaciones de trabajo y de ocupación que por su apariencia son similares a relaciones precapitalistas, pero que en esencia son los resultados del proceso de generalización de la producción de mercancías y de la industrialización en los países latinoamericanos. Pero no obstante ser el resultado de la generalización de la relación capi-

talista, no se trata de formas puras de trabajo salarial, sino de las más diversas formas de ocupación autocreada —desde el pequeño campesino al artesano y hasta el vendedor ambulante—; se trata de trabajo casero, de prestaciones de servicio en el ámbito privado, de trabajo asalariado sumamente esporádico y constantemente cambiante, que por su carácter no permanente, no es lo mismo que lo que clásicamente se denomina trabajo asalariado. Todas estas ocupaciones, además no se ejecutan exclusivamente, sino generalmente en forma combinada, se realizan simultánea o sucesivamente en el transcurso de una vida. Justamente este contexto de la generalización de la relación capitalista y del origen de las formas de trabajo no asalariado como también la combinación cambiante de las actividades, es lo que no aparece en la teoría marxista tradicional y por ello causa tantas dificultades a los autores marxistas.

Sin embargo, la existencia de fuerza de trabajo no asalariada, incluso no remunerada o pagada a un nivel mínimo, que simultáneamente combina las actividades más diversas, no es en absoluto un fenómeno aislado o extraordinario, sino que representa una característica estructural del modo de producción capitalista desde que existe. Son exactamente estas condiciones bajo las cuales se efectúa la mayor parte del trabajo en la crianza de la generación siguiente, en la reproducción de la fuerza de trabajo y en la producción de alimentos básicos. Es aún más desconcertante que los conceptos de la economía política no sean aptos para analizar tales situaciones, si nos damos cuenta que esta producción es la condición previa esencial para la acumulación capitalista. Sin embargo, en el análisis de los mecanismos de la acumulación, este contexto ha quedado sin considerar; incluso falta un concepto para este ámbito de la producción social.

Como en esta área, ante todo se crea y renueva constantemente la vida humana y la capacidad vital del trabajo y se producen los alimentos básicos, me parece razonable la denominación “producción de subsistencia” (compárese los artículos en el tomo *Bielefelder Studien zur Entwicklungssoziologie* 5, 1979). El concepto se conoce de otro contexto; hasta el momento servía principalmente para caracterizar la actual producción campesina en el “Tercer Mundo”. Es verdad que existen ciertas coincidencias en cuanto al contenido, pero el modo de enfocar el problema es considerablemente diferente. En el uso habitual, el término se refiere a la continuación o a un resto de un modo de producción precapitalista; esto se debe a la opinión de que en la actual producción campesina (en el “Tercer Mundo”) se trata de una unidad económica relativamente autónoma cuyo objetivo es el autoconsumo y cuyas reglas son determinadas en el hogar campesino mismo. Pero esta autonomía, en realidad, pertenece al pasado, sin que por cierto haya desaparecido la producción campesina y su orientación hacia asegurar la existencia mediante el autoconsumo. El gasto de fuerza de trabajo en forma no asalariada para su reproducción inmediata, no es precapitalista ni corresponde exclusivamente a la produc-

ción campesina, sino que es un aspecto general propio del modo de producción capitalista. Es el ámbito de producción en que esta fuerza de trabajo se gasta lo que aquí se denomina producción de subsistencia.

En todos los modos de producción que anteceden al capitalista, la producción de subsistencia es al mismo tiempo producción social y viceversa. Aun cuando la separación de la producción de subsistencia y la producción social empiezan al formarse las clases, ya que las clases dominantes comienzan a apropiarse de una parte de la producción de subsistencia de otras clases, la producción en general, incluso en el modo de producción mercantil simple, sigue sin embargo totalmente orientada hacia el uso, vale decir, orientada directamente al consumo o la subsistencia. El intercambio aún no se mistifica, ya que se trata de un intercambio de equivalentes. Solamente con la generalización de la producción de mercancías y al surgir el trabajo asalariado como relación de producción socialmente determinante, la producción de subsistencia es desplazada hacia un ámbito, que se considera como no propiamente social, e incluso como fuera del trabajo social. Esto es una apariencia necesaria, pero no obstante, una apariencia. Con respecto a la teoría marxista, estamos frente al problema que ella reproduce esta apariencia en la teoría en vez de revelarla como tal. Esta apariencia se fija ideológicamente en la teoría marxista del valor, que es la teoría que explica los mecanismos de explotación bajo condiciones capitalistas, ya que aquí, el trabajo de subsistencia no aparece como trabajo social ni como creador de valores.

No obstante, mi opinión es, que la teoría del valor nos entrega los elementos que permiten determinar la explotación del trabajo de subsistencia por el capital; pero es evidente, que esto requiere un manejo de las categorías de Marx, en el sentido de conocer bien el método desarrollado por él, del análisis histórico positivo, en vez de un procedimiento de calcomanía aparentemente ortodoxo.

La posibilidad y la necesidad de aplicar la teoría del valor al trabajo de subsistencia, vale decir ampliarla, por una parte resulta del hecho histórico, que la relación trabajo asalariado - capital analizada por Marx en un modelo heurísticamente limitado es la relación que determina esta sociedad y es absolutamente diferente, si analizamos la sociedad actual bajo este punto de vista de un modo histórico y dialéctico o si estilizamos la relación trabajo asalariado - capital de un modo absolutamente no histórico y no dialéctico como si fuera la única relación de producción capitalista. Por otra parte, el proceso de acumulación determina la producción de subsistencia, aunque en la relación material en realidad sea diametralmente opuesta. El capital se enfrenta al ser humano como fuerza extraña que determina su vida, pero en realidad, es su vida la que "nutre" al capital. Son los mecanismos de esta contradicción fundamental los que en este contexto pretendemos someter a la discusión.

En el reconocimiento y entendimiento de esta contradicción se basaba toda la teoría del valor del trabajo. Es la base para la determinación del

plustrabajo y de la plusvalía en la relación laboral salarial hecha por Marx. Para nosotros, lo importante sin embargo es que con ello tampoco para el trabajo asalariado se abarca toda la amplitud de esta contradicción. Porque el salario corresponde a los costos de reproducción de la fuerza de trabajo, pero no contiene remuneración alguna para el trabajo realizado en la reproducción de la fuerza de trabajo, que es igualmente necesario. De aquí resulta entonces como consecuencia indispensable que para la relación de trabajo asalariado se reanalice la determinación del tiempo de trabajo necesario, del plustrabajo y de la plusvalía. Porque lo que figura como costos de la fuerza de trabajo por el lado del capital, por el lado de los productores inmediatos también significa costos para la compra de medios de subsistencia necesarios. Pero aquel trabajo que se gasta en la transformación de los medios de subsistencia para hacerlos realmente consumibles (vivienda, comida, ropa, etc.), y que en suma produce la capacidad de trabajo en sí (producción y crianza de la generación siguiente, reproducción física y psíquica de la fuerza de trabajo), en resumen, el trabajo del ama de casa, aquel trabajo no se remunera.

Al surgir el ama de casa también aparece un tratamiento de la fuerza de trabajo femenina como si fuera un recurso natural (Hausen 1976). Esta apariencia de su índole natural es una clave de la división entre la producción de subsistencia y la así llamada producción social; la aceptación de esta pseudorealidad es la premisa falsa de la teoría "clásica" del valor. Sin embargo, también en el debate sobre el trabajo doméstico, cuyo planteamiento debería implicar la superación de este criterio, encontramos esta división como barrera. Es así como Himmelweit y Mohun caracterizan el trabajo del ama de casa como improductivo, vale decir, que no crea valores, ya que no se efectúa en la producción de mercancías, ya que produce valores de uso y no de cambio, y ya que es trabajo privado y concreto y no, trabajo social y abstracto (1977). Es verdad que este trabajo se gasta como trabajo privado y concreto, pero sin embargo se convierte en social y abstracto, aunque esto ocurra en contra de la intención de los productores inmediatos. El ama de casa ciertamente produce valores de uso, mas éstos se transforman en valores de cambio en el momento en que la fuerza de trabajo, producida y reproducida en el ámbito del hogar, se vende.

Lo mismo vale para la unidad doméstica campesina, la que hoy en día ya no es una unidad económica autónoma con leyes socioeconómicas propias.<sup>12</sup> La parte de la producción campesina absorbida directamente por

<sup>12</sup> Bajo las circunstancias dadas, podemos notar tres tipos de inserción de los productos campesinos a la división social del trabajo en la producción generalizada de mercancías:

a) Los miembros de la familia campesina trabajan simultáneamente, o en ciertas épocas del año, como trabajadores asalariados.

el consumo sirve a la producción de fuerza de trabajo para el proceso de explotación capitalista. En la combinación campesino/obrero asalariado se ocupa así una parte importante del tiempo de trabajo necesario en la producción agrícola propia, lo que aumenta el plustrabajo para el capital. La misma relación vale para la combinación "autoconsumo y producción de mercancías", sólo que aquí, no a través de la fuerza de trabajo sino de la venta de los productos.

Lo común a ambas formas de transformación de los valores de subsistencia y de uso en valores de cambio —a través de la fuerza de trabajo y a través del producto— es el hecho que éstas mercancías contienen fuerza de trabajo gastada en un proceso previo, que no se remunera. Este plustrabajo se diferencia de aquel plustrabajo realizado dentro de la relación salarial, por efectuarse en proceso laboral, que sin ser controlado directamente por el capital, sin embargo está subordinado a él.

Las ventajas que este tipo de control trae consigo para la explotación capitalista se reconocen muy claramente en la producción pequeñocampesina, especialmente, si la subordinación al capital no sólo se efectúa a través del mercado, sino por intermedio de la agricultura por contrato. Formalmente, los campesinos siguen siendo propietarios, aunque en virtud de créditos estén obligados a llevar el proceso de producción mismo, el tipo de cultivo, de inputs, etc. conforme a lo estipulado. El riesgo de la producción, sin embargo, corre totalmente por su cuenta. La fuerza de trabajo gastada se paga a través del producto y no directamente, en forma de salario. De este modo, la fuerza de trabajo se evalúa sólo posteriormente, el que otorga el crédito puede ocultarse tras el anonimato de los precios, y el campesino reacciona con mayor "autoexplotación" frente al empeoramiento de sus condiciones de vida. Este tipo de subordinación, y no por ejemplo la gran empresa agrícola mecanizada con obreros asalariados, es la meta de la nueva política del Banco Mundial (compárese McNamara 1973).

Se pretende crear programas similares para los barrios pobres urbanos, vale decir, creación y fomento de productores "independientes" creación de pequeñas empresas artesanales, talleres domésticos, pequeñas tiendas, etc. (compárese McNamara 1977). El grupo objeto de esta política son los "absolutamente pobres", éso es, la población marginalizada. Hasta ahora se había reparado en su existencia predominantemente en el campo —lo que no en último lugar también correspondía a una cierta pragmática de proyecto, ya que aquí era posible crear productores propietarios con ayuda de reformas agrarias; ahora, la atención se dirige también hacia los pobres en las ciudades.

Lo importante en general es que los representantes del gran capital

- b) El trabajo campesino se mide en el mercado capitalista mediante la venta de los productos.
- c) Un determinado capital logra el control sobre el proceso de producción a través de créditos y de la agricultura por contrato.

transnacional no sólo fomentan la creación de formas de trabajo no asalariadas, sino que las hacen objeto de programa de una amplia política nueva. Esto es un hecho que seguramente merece especial atención para evaluar el desarrollo de las relaciones de producción capitalistas. Contrariamente al supuesto de que al evolucionar el modo de producción capitalista, todo trabajo se transformaría en trabajo asalariado, con lo que se acabaría la producción para el autoconsumo, o sea, el trabajo autónomo para la supervivencia, este ámbito sigue extendiéndose más y más e incluso pasa a ser materia de política internacional de desarrollo del gran capital. Pero al seguir esta política, el Banco Mundial no hace otra cosa, que transformar en estrategia, lo que hasta ahora se practicaba espontáneamente y sin planificación (Bennholdt-Thomsen 1978).

El punto central de este proceso “espontáneo” es la destrucción de modos de producción precapitalistas, es decir, se ha destruido la relación específica entre distribución, producción, circulación y consumo que es capaz de reproducir un modo social de producción, como un modo de producción propio. Además de los mecanismos coercitivos de la acumulación originaria durante el período colonial y el establecimiento de la propiedad privada de la tierra, que en la mayoría de los países latinoamericanos se efectuó mediante reformas burguesas a mediados del siglo XIX, en este siglo fueron ante todo los mecanismos económicos del mercado capitalista, los que sellaron esta destrucción. Otro factor esencial e importante es la disponibilidad de una tecnología altamente desarrollada, por lo que la producción industrial no es capaz de absorber la fuerza de trabajo expulsada y eliminada de las relaciones de producción precapitalistas. Muchos productores son proletarizados y forzados a integrar el ejército industrial de reserva, sin haber sido jamás realmente trabajadores asalariados. El resultado de este proceso histórico es una disponibilidad en cierto modo existencial para la explotación capitalista.

Los hombres y las mujeres trabajan para sobrevivir y de esta manera reproducen su fuerza de trabajo que puede ser explotada en cualquier momento; porque al destruirse las relaciones precapitalistas de producción, se hace imposible la reproducción fuera de la economía capitalista de mercancías. Son obligados a producir mercancías, es decir, sus productos se transforman fatalmente en mercancías, y el tiempo de trabajo concretizado en ellas y la fuerza de trabajo gastada se evalúa sólo posteriormente a través de la circulación, fuera de cualquier control personal. Cuánto tiempo de trabajo se remunera a través de los precios y cuánto queda sin remunerar, es arbitrario y queda liberado al azar; y cuánta fuerza de trabajo es posible reproducir realmente mediante el ingreso, permanece en la incógnita.

Dentro de este desarrollo, lo nuevo de la política del Banco Mundial consiste únicamente en reemplazar lo anónimo del mercado por un control más directo, pero el proceso de producción inmediato y su organización permanecen prácticamente inalterados. El capital queda eximido de la

responsabilidad de velar por la reproducción de la fuerza de trabajo, sin embargo se asegura el control sobre el plustrabajo mediante contratos de compra y pequeños créditos. La población impelida a la reserva industrial ha creado relaciones de trabajo y ocupación independientes para la propia supervivencia, las que de pronto se subordinan al capital monopolista nacional o transnacional. El mecanismo de explotación consiste en que la responsabilidad para la reproducción de la fuerza de trabajo queda totalmente a cargo de los productores inmediatos, en cambio la utilidad de la fuerza de trabajo va en beneficio del capital. La ventaja de ello consiste en que la condición previa de la forma salarial clásica, donde el salario es directamente identificable con los gastos necesarios de reproducción, ya no se da.

Una condición muy importante para el desarrollo de estas nuevas relaciones de producción, por un lado, es lo superfluo de amplios sectores de la población para el trabajo asalariado industrial, mas por el otro lado, la imposibilidad de reproducirse fuera de la economía capitalista de mercancías. Para la población urbana pobre está totalmente claro que si no logran vender su fuerza de trabajo en forma de trabajo asalariado, están obligados a hacerlo en otra forma, como prestación de servicio o mediante bienes producidos por cuenta propia. Lo mismo vale para la población rural sin tierra.

Frecuentemente se cree que el campesino (propietario) produce sus propios alimentos básicos indispensables; pero la realidad confirma que actualmente ya no existen campesinos, al menos en América Latina, que sean capaces de subsistir sin la compra y venta. El dinero se necesita para medicamentos, petróleo, abono, etc. o para pagar deudas contraídas en períodos difíciles. Es así como se produce un fenómeno bastante conocido, que productos, destinados originalmente al autoconsumo, deban venderse, o que campesinos, no obstante producir alimentos básicos estén totalmente desnutridos. Finalmente los campesinos resultan absolutamente dependientes de la economía de mercancías, cuando se ven forzados a contraer créditos y producir por contrato.

Como la posibilidad de reproducir la vida humana fuera del ámbito de la economía comercial capitalista disminuye constantemente, la vida humana se transforma cada vez más en fuerza de trabajo disponible. La mera existencia del ser humano significa estar disponible, el esfuerzo de sobrevivir equivale a ser explotado.

El resultado de la destrucción definitiva de modos de producción precapitalistas y del hecho que las leyes del capital se hayan impuesto en todos los ámbitos, es totalmente diferente a lo esperado: la fuerza de trabajo humana se transforma cada vez más en un recurso natural para el capital. Con ello se generaliza una relación específicamente capitalista, cuyo análisis frente al obrero industrial siempre ha sido pospuesto hasta ahora: la relación de producción del ama de casa. Son las típicas condiciones de producción del ama de casa, las que se generalizan en forma

nueva: el trabajo para la subsistencia inmediata que no es asalariado, no pagado y recompensado en forma mínima, la diversidad de actividades realizadas por una sola persona que al mismo tiempo es considerada como inferior y no calificada, y ante todo, el trato de esta fuerza de trabajo como si fuera un recurso natural.

En contraste con la esclavitud, el trabajo asalariado presenta la ventaja para el explotador, que él es sólo temporalmente responsable de la reproducción del trabajador, durante el tiempo en que explota directamente la fuerza de trabajo y no desde la juventud hasta la vejez. El productor de subsistencia en el capitalismo tardío, a modo de paso siguiente, presenta más allá la ventaja, que su explotador queda aún más exonerado de la responsabilidad de velar por su reproducción que en el caso del trabajador asalariado.

La generalización del trabajo de subsistencia no pagado como forma central de la subordinación de los productores bajo el capital no es un fenómeno de transición que conduce al capitalismo desarrollado, sino el resultado de su desarrollo mismo. La reproducción de estas formas no asalariadas de la producción de subsistencia y de supervivencia se efectúa mediante el mecanismo genuinamente capitalista de la contradicción entre el trabajo (salarial) necesario y el plustrabajo, entre los trabajadores (asalariados) necesarios y los superfluos. La producción progresiva del ejército industrial de reserva es lo que Marx denomina la ley de población capitalista y con ello señala la relación existente entre la acumulación de capital y la producción y reproducción de la vida humana. Aunque la producción de la fuerza de trabajo viva sea la condición previa para la acumulación del capital, la ley de la acumulación determina sin embargo la producción de subsistencia, y no viceversa. A esta paradoja corresponde aún otra: que el mecanismo social que crea la producción de subsistencia como "resultado constantemente renovado" en el capitalismo es un mecanismo de exclusión y de desplazamiento. Y se agrega por último otra paradoja: los trabajadores "superfluos" que mantienen la producción de subsistencia nacen a raíz del desarrollo capitalista de las fuerzas productivas. En el capitalismo no se desarrollan las fuerzas productivas de la existencia humana inmediata, es al revés, éstas se subdesarrollan. El desarrollo de las fuerzas productivas no significa la supresión general de las deficiencias, sino su creación en los ámbitos más básicos de la vida humana.<sup>3</sup>

La producción progresiva del ejército industrial de reserva o la superpoblación relativa es la ley general de la acumulación capitalista y como esto vale para este modo de producción en conjunto, desde las primeras formas hasta el capitalismo tardío, se plantea la pregunta, si es necesario

<sup>3</sup> Desde el punto de vista material, podemos comprobar que la gran industria satisface cada vez menos y peor las necesidades básicas de la población, vale decir, que en cuanto la gran industria se apodera de los llamados bienes de consumo de masas, éstos pierden su calidad (bajo valor nutritivo de los alimentos, su contaminación con productos químicos; calidad deficiente de la ropa, géneros sintéticos, zapatos de plástico, etc.).



o en qué medida se hace necesario crear un concepto adicional, como el de la marginalidad, para caracterizar este fenómeno en el presente. Aquí no se trata en primera línea de una pregunta que pudiera responderse partiendo de la estructura lógica de las abstracciones de Marx, sino que de una pregunta referente a procesos históricos. De hecho, la magnitud del ejército industrial de reserva rompe totalmente el margen de fluctuación entre atracción y repulsión de la fuerza de trabajo industrial, dentro del cual Marx veía el ejército industrial de reserva, por lo que adquiere una calidad nueva. La manifestación cuantitativamente extrema del ejército industrial de reserva se debe a un desarrollo histórico en el que se destruyeron los modos de producción precapitalistas, en el que la tecnología del capitalismo tardío ha cumplido la meta del desarrollo capitalista de las fuerzas productivas —vale decir, reemplazar el trabajo vivo por trabajo muerto—, y en que se ha bloqueado y se hace imposible la vuelta a la producción de subsistencia fuera de la economía de mercancías. La calidad nueva del ejército industrial de reserva está en la importancia absoluta que en base a esta disponibilidad existencial corresponde a la producción de supervivencia. Se trata entonces de un fenómeno históricamente nuevo, por lo que nos parece razonable crear también un concepto nuevo para él. Por cierto que el término “marginalidad” usado para designar las formas en que se presenta esta situación de vida en América Latina, tiene un carácter ideológico, pero si el sentido de la palabra “marginalidad” se desliga de su contexto original, de la idea de una sociedad integrada y equilibrada, entonces señala bastante bien la paradoja de las relaciones sociales.<sup>14</sup> Y frente al trasfondo que aquí se ha descrito, esta caracterización de nuevas manifestaciones de depauperación, en un comienzo sólo descriptiva, termina adquiriendo su legitimación conceptual.

Sin embargo, el fenómeno de la marginalidad, analizado históricamente no es en absoluto totalmente nuevo. La mujer constituye el potencial del ejército industrial de reserva, cuya fuerza de trabajo puede ser absorbida y luego rechazada del proceso industrial de producción, desde que este modo de producción ha entrado en su fase industrial. Mediante este mecanismo se reproduce el ama de casa en la sociedad, y ella es marginalizada —forzada a reproducirse mediante el trabajo de subsistencia fuera de la relación salarial—, porque por nacimiento, vale decir existencialmente, está destinada a formar parte del ejército industrial de reserva.

La manifestación cuantitativamente extrema del ejército industrial de reserva en los países subdesarrollados es la que nos impulsa a observar con atención el estado de cosas en los países calificados como altamente

<sup>14</sup> El cambio en el significado podría compararse quizás con el desarrollo del término “proletariado”, a pesar de que éste originalmente incluso tenía un sentido totalmente diferente que en el presente. Pero independientemente de estas consideraciones, el uso de la palabra “marginalidad” tiene la ventaja de que todo el mundo sabe, de qué fenómenos y manifestaciones se está hablando.

desarrollados; aquí la marginalización existe igualmente, y no sólo afecta a las mujeres. En los países imperialistas, las luchas de la clase trabajadora seguramente, han conseguido que el capital, con intervención del Estado, no pueda desligarse totalmente de la responsabilidad por la reproducción de la población obrera, incluso en tiempos de desocupación; pero esta no es una situación a la que podría darse alcance mediante luchas obreras en los países en desarrollo. La formación de un ejército industrial de reserva estructuralmente estancado es un proceso irreversible del capitalismo tardío, que implica la simultaneidad de desarrollo y subdesarrollo. Si observamos la progresiva reducción de instituciones públicas de carácter social a medida que aumenta la desocupación (entre otras, debido a las disposiciones del FMI), la situación en los barrios pobres de las grandes ciudades en EEUU<sup>15</sup> o la migración laboral en Europa (compárese Shanin 1978), parece más probable que la marginalización seguirá cada vez más en aumento.

Con estas reflexiones hemos llegado a un punto, que básicamente sólo significa haber encontrado un nuevo punto de partida. Ahora se trata ante todo de dar nombre a las diversas formas de subordinación del trabajo bajo el capital y clasificarlas; se trata de revelar y presentar cuáles son los mecanismos de explotación, cómo se expresa ésta en términos de ganancia y finalmente, qué clases sociales se forman a raíz de ella y cuáles son sus posibilidades de liberación.

Traducción del alemán: *Anneliese Garrido*

<sup>15</sup> En 1977, el 11.6% de la población total de EEUU, vive en la pobreza. Entre la población negra, la tasa de pobreza incluso es del 31.3%. Esto, entre otros, se debe al hecho que el 39% de las familias negras sólo tiene un jefe de familia femenino que gana el sustento familiar (frente al 12% entre los blancos), por lo que están obligados a vivir con el bajo salario que es habitual por el trabajo femenino (FR 19.8.78, según epd.).

Anexos

Tabla I

CÁLCULOS SOBRE POBREZA EN AMÉRICA LATINA, CA. 1970

	POBLACION TOTAL				POBLACION RURAL			
	Todos los países subdesarrollados	Asia	África	América Latina subdesarrollados	Asia	África	América Latina	América Latina
<b>I. Banco Mundial (1969)</b>								
líneas de pobreza (dólares per cápita) ....	75	75	75	75	75	75	75	75
población en pobreza (millones de personas) ....	835	620	165	50	695	525	140	30
incidencia de la pobreza (porcentaje) .....	49	57	46	19	55	61	50	25
<b>II. OIT (1972)</b>								
líneas de pobreza (dólares per cápita) ....	—	100	115	180	—	—	—	—
población en pobreza (millones de personas) ....	1.210	853	239	118	—	—	—	—
incidencia de la pobreza (porcentaje) .....	67	71	69	43	—	—	—	—
<b>III. CEPAL (1970)</b>								
líneas de pobreza (dólares per cápita) ....	—	—	—	165	—	—	—	133
población en pobreza (millones de personas) ....	—	—	—	107	—	—	—	68
incidencia de la pobreza (porcentaje) .....	—	—	—	40	—	—	—	62

FUENTE: Altamir, 1978:95.

TALLA 2

## CÁLCULOS SOBRE POBREZA EN AMÉRICA LATINA, ca. 1970

PAIS	% de hogares bajo la línea de pobreza			% de hogares bajo la línea de indigencia		
	urbano	rural	nacional	urbano	rural	nacional
Argentina .....	5	19	8	1	1	1
Brasil .....	35	73	49	15	42	25
Colombia .....	38	54	45	14	23	18
Costa Rica .....	15	30	24	5	7	6
Chile .....	12	25	17	3	11	6
Honduras .....	40	75	65	15	57	45
México .....	20	49	34	6	18	12
Perú .....	28	68	50	8	39	25
Uruguay .....	10	—	—	4	—	—
Venezuela .....	20	36	25	6	19	10
América Latina ..	26	62	40	10	34	19

FUENTE: Altimir, 1978:94.

**TALLA 3**  
**CÁLCULOS PROVISIONALES DE LA DESOCUPACIÓN Y LA SUBOCUPACIÓN EN LOS PAÍSES EN DESARROLLO,**  
**SEGÚN REGIONES EN EL MUNDO: 1976**  
 (en millones)

	Desocupación *		Subocupación **		T O T A L							
	Total número	%	Regiones urbanas número	%	Total número	%	Regiones urbanas número	%				
Asia ***	18	3.9	6	6.9	168	36.4	20	23.2	186	40.3	26	30.1
África	10	7.1	3	10.8	53	37.9	7	25.1	63	45.0	10	35.9
América Latina	5	5.1	5	6.5	28	28.9	14	22.8	33	34.0	19	29.3
Oceanía	—	—	—	—	1	49.0	—	—	1	49.0	—	—
<b>TOTAL</b>	<b>33</b>	<b>4.7</b>	<b>14</b>	<b>8.0</b>	<b>250</b>	<b>35.7</b>	<b>41</b>	<b>23.3</b>	<b>283</b>	<b>40.4</b>	<b>55</b>	<b>31.3</b>

FUENTE: Oficina Internacional del Trabajo, Crecimiento y Necesidades Básicas: Un problema mundial. Informe del director general de la Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra 1976, p. 19.

\* Personas en busca de trabajo sin lugar de trabajo.

\*\* Personas cuyo tiempo de trabajo es menor que el tiempo normal de trabajo y que buscan o aceptarían un trabajo adicional, también personas cuyo ingreso del trabajo es insuficiente.

\*\*\* Sin China u otros países asiáticos con economía de planificación.

## Bibliografía

- Altimir, Óscar (1978), *La dimensión de la pobreza en América Latina*, CEPAL, 22 de septiembre, 1978.
- Amin, Samir (1975), *Die ungleiche Entwicklung*, Hamburgo.
- Bennholdt-Thomsen, Veronika (1976), Los campesinos en las relaciones de producción del capitalismo periférico, en: *Historia y Sociedad*, núm. 10, 29-38.
- Braverman, Harry (1974), *Labor and Monopoly Capital*, Nueva York y Londres.
- Cabezas de González, Betty; Silva Fuenzalida, Ismael; Segundo, José Luis SJ; Vekemans, Roger SJ (1968), "Sozioökonomische Typologie Lateinamerikas", en: *Beiträge zur Soziologie und Sozialkunde Lateinamerika*, T. 3, Homburg v.d.H.
- Campanario, R.; Richter, E. (1974), "Superpoblación capitalista en América Latina: un intento de marginalización del concepto de marginalidad", en: *Estudios Sociales Centroamericanos*, núm. 9, 37-71.
- Cardoso, Fernando Henrique (1971), "Comentario sobre los conceptos de Sobreproducción Relativa y Marginalidad", en: *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, año 1/2, 57-76.
- Cardoso, Fernando Henrique (1974), "Brasil: Die Widersprüche der assoziierten Entwicklung", en: H.R. Sonntag (ed.): *Lateinamerika: Faschismus oder Revolution*, Berlin, 32-61.
- Cardoso, Fernando Henrique; Faletto, Enzo (1969), *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México.
- CEPAL (Comisión económica para América Latina) (1963), *El desarrollo social de América Latina en la postguerra*, Buenos Aires.
- Chaplin, David (1967), *The Peruvian Industrial Labour Force*, Princeton, N.J.
- Córdova, Armando (1973), *Strukturelle Heterogenität und wirtschaftliches Wachstum*, Frankfurt/Main.
- Dams, Theodor (1970), "Marginalität' — Motivierung und Mobilisierung von Selbsthilfegruppen als Aufgabe der Entwicklungspolitik", en: *Schriften der Kübel-Stiftung* 3, Bensheim.
- DESAL (Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina) (1965), *Poblaciones marginales y desarrollo urbano: el caso chileno*, Santiago.
- DESAL (1966), *América Latina y desarrollo social*, 2 tomos, Santiago.

- DESAL (1967) *El campesino dominicano. Un estudio de marginalidad*, Santiago.
- DESAL (1969), *Marginalidad en América Latina*, Barcelona.
- Dos Santos, Theotonio (1972), "Über die Struktur der Abhängigkeit", en: Dieter Senghaas (ed.): *Imperialismus und Strukturelle Gewalt*, Frankfurt, 243-257.
- Ehrenreich, Barbara y English, Deidre (1975), "The manufacture of housework", en: *Socialist Revolution* núm. 26, 5-40.
- Fröbel, Folker; Heinrichs, Jürgen; Kreye, Otto (1977), *Die neue internationale Arbeitsteilung*, Reinbenk, Hamburg.
- Gist, Noel P.; Dworkin, Anthony Gary (1972), *The Blending of Races. Marginality and Identity in World Perspective*, Nueva York.
- González Casanova, Pablo (1963), "Société pluraliste et developpement, le cas du Mexique", en: *Tiers Monde* 4, núm. 14, 305-333.
- González Casanova, Pablo (1965), *La democracia en México*, México.
- Grundmann, Elisabeth (1975), *Bevölkerungsentwicklung und Beschäftigung in Lateinamerika; ausgewählte neuere Literatur*, Dokumentationsdienst Lateinamerika, 1, Hamburg.
- Hartmann Heidi (1974), *Capitalism and women's work in the home 1900-1930*. Dis. Yale University.
- Hausen, Karin (1976), "Die Polarisierung der 'Geschlechtscharaktere'", en: Werner Conze (ed.): *Sozialgeschichte der Familie in der Neuzeit Europas, Industrielle Welt*, Tomo 21, Stuttgart: 363-393.
- Himmelweit, Susan; Mohun, Simon (1977), "Domestic Labour and capital", en: *Cambridge Journal of Economics*, 1, 15-31.
- Hobsbawm, Eric (1969), "La marginalidad social en la historia de la industrialización europea", en: *Revista Lationamericana de Sociología*, 2, 237-247.
- Hurtienne, Thomas (1977), "Zur Entstehungsgeschichte, Struktur und Krise des brasilianischen Akkumulationsmodells", en: *Lateinamerika, Analysen und Berichte* 1, 70-96.
- Kittler, Gertraude (1980), *Hausarbeit. Zur Geschichte einer "Naturressource"*, München.
- Kowarick, Lucio (1975), *Capitalismo e Marginalidade na America Latina*, Río de Janeiro.
- Kowarick, Lucio (1978), "Desarrollo capitalista y marginalidad: el caso brasileño", en: *Revista Mexicana de Sociología*, 1, 31-54.
- Lederman, Esteban (1969), *Los recursos humanos en el desarrollo de América Latina*, Cuadernos del ILPES, Serie II, núm. 9.

- Leisewitz, Andre (1977), *Klassen in der Bundesrepublik Deutschland heute*, Frankfurt.
- Luxemburg, Rosa (1966), *Die Akkumulation des Kapitals*, Frankfurt.
- Margulis, Mario (1978), "Contradicciones en la estructura agraria y transferencias de valor", conferencia en el congreso: *Unterentwicklung und Subsistenzreproduktion in Lateinamerika*, Bielefeld, 20-23 de julio de 1978, resumen en: *Cuadernos agrarios* núm. 6, México.
- Marini, Ruy Mauro (1973), núm. *Dialéctica de la dependencia*, México.
- Marx Karl, *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*, Moscú 1939/41; reimpresión Frankfurt/Viena.
- Marx, Karl (MEW 23), *Das Kapital*. Kritik der Politischen Ökonomie, Tomo I.
- Marx, Karl, (1970), "Resultate des unmittelbaren Produktionsprozesses", en: *Archiv sozialistischer Literatur* 17, Frankfurt.
- McNamara, Robert S. (1973), discurso dirigido al consejo del Banco Mundial, Nairobi, 24.9.1973.
- McNamara, Robert S. (1977), discurso dirigido al consejo del Banco Mundial, Washington D.C. 26.9.1977.
- Mies, María (1978), "Methodische Postulate zur Frauenforschung dargestellt am Beispiel der Gewalt gegen Frauen", en: *Beiträge zur feministischen Theorie und Praxis*, núm. 1. 41-64.
- Mies, María (1979), "Capitalismo and Woman's Subsistence Reproduction in Rural India", en: *Bulletin of Concerned Asia Scholars*, vol. XI, 2.
- Müller, Petra (1978), "Daten zur polit-ökonomischen Situation der Frau: Von der Französischen Revolution bis zur Gegenwart", en: *Beiträge zur feministischen Theorie und Praxis*, núm. 1, 96-127.
- Murga Fransinetti, Antonia (1978), "La marginalidad en América Latina: una bibliografía comentada", en: *Revista Mexicana de Sociología* Año XL, vol. XL, núm. 1, 221-331.
- Nun, José (1969), "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", en: *Revista latinoamericana de sociología*, núm. 2, 178-236.
- Nun, José (1978), "La industria automotriz argentina: estudio de un caso de superpoblación flotante", en: *Revista mexicana de sociología*, núm. ,1 55-105.
- Nun, José; Murmis, Miguel; Marín, Juan Carlos (1968), "La marginalidad en América Latina", Informe preliminar. Documento de trabajo N° 53, Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires, diciembre 1968.
- Oliveira, Francisco de (1972), *A economia brasileira: critica a razao dualista*, Estudos CEBRAP 2.



- Perlman, Janice (1977), *O Mito da Marginalidades*, Río de Janeiro.
- Quijano, Aníbal (1965), "La emergencia del grupo "cholo" y sus implicaciones en la sociedad peruana", en: *Memoria del VII Congreso Latinoamericano de Sociología*, Tomo 1, Bogotá, 403-447.
- Quijano, Aníbal (1966), *Notas sobre el concepto de marginalidad social*, CEPAL, octubre 1966.
- Quijano, Aníbal (1970), *Redefiniciones de la dependencia y proceso de marginalización en América Latina*, CEPAL, abril 1970.
- Quijano, Aníbal (1974), "Marginaler Pol der Wirtschaft und marginalisierte Arbeitskraft", en: Senghaas, Dieter (ed.): *Peripherer Kapitalismus*, Frankfurt, 2, 98-341.
- Quijano, Aníbal (1977), *Imperialismo y "Marginalidad" en América Latina*, Lima (edición nueva de los diversos artículos sobre marginalidad en un tomo, con introducción).
- Reid, Margaret (1934), *The economics of household production*, Nueva York.
- Schmidt, Alfred (1970), "Der strukturalistische Angriff auf die Geschichte", en: mismo editor: *Beiträge zur marxistischen Erkenntnistheorie*, Frankfurt, 194-265.
- Senghaas, Dieter (1977), *Weltwirtschaftsordnung und Entwicklungspolitik*, Plädoyer für Dissoziation, Frankfurt.
- Shanin, Teodor (1978), "The peasants are coming: migrants who labour, peasants who travel and marxists who write", en: *Race and Class*, núm. 3, 277-288.
- Singer, Paul (1973a), "Migraciones internas en América Latina: consideraciones teóricas sobre su estudio", en: Manuel Castells (ed.): *Imperialismo y urbanización en América Latina*, Barcelona, 27-56.
- Singer, Paul (1973b), "Urbanización, dependencia y marginalidad en América Latina", en: Manuel Castells (ed.): *Imperialismo y urbanización en América Latina*, Barcelona, 287-314.
- Singer, Paul (1976), "Elementos para una teoría del empleo aplicable a países subdesarrollados", en: *El empleo en América Latina*, Seminario de CLACSO, México, Siglo XXI, 17-59.
- Singer, Paul (1977), "Beschäftigung, Produktion und Reproduktion der Arbeitskraft", en: *Latinamerika, Analysen und Berichte* 1, 53-69 (traducción al alemán del resumen y de las conclusiones revisadas de: *Emprego, Produção e Reprodução da força de trabalho*, CEBRAP, Sao Paulo 1976).
- Touraine, Alain (1977), "La marginalidad urbana", en: *Revista mexicana de sociología*, 4, 1105-1141.

- Vekemans, Roger Sj; Giusti, Jorge; Silva, Ismael (1970), *Marginalidad, promoción popular e integración latinoamericana*, Santiago/Buenos Aires.
- Vergopoulos, Kostas (1974), "Capitalisme difforme (lecas de l'agriculture dans le capitalisme)" en: Amin, Samir y él mismo, *La question paysanne et le capitalisme*, Paris.
- Werlhof, Claudia von (1978), "Frauenarbeit: Der blinde Fleck in der Kritik der Politischen Ökonomie", en: *Beiträge zur feministischen Theorie und Praxis*, núm. 1, 18-32.